

Mayo-Junio 2014

Las *Buenas Noticias*

REVISTA DE COMPRENSIÓN BÍBLICA

¿Quién fue Jesús?

El Capitán de nuestra salvación: ¿Fue Jesús en verdad un ser humano? 7

Profecías acerca de Jesús: ¿Comprueban que él fue el Mesías? 10

Noé: El resto de la historia 18



Mayo-Junio de 2014
Volumen 19, Número 3

“No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra de Dios”, dijo Jesucristo (Lucas 4:4; Mateo 4:4). ¿Por qué, entonces, no hay más gente que cree en esta afirmación, especialmente entre aquellos que aseguran seguir a Cristo?

Muchos de los que se consideran seguidores de Jesucristo ignoran lo que hoy día comúnmente se conoce como *Antiguo Testamento*, aun cuando éste constituía la única “Palabra de Dios” que la gente conocía cuando Jesús hizo esta declaración. De hecho, él estaba citando precisamente el Antiguo Testamento (vea Deuteronomio 8:3).

Más aún, el Antiguo Testamento tiene muchísimo que enseñarnos acerca de nuestro Salvador. Cuando los seres humanos no viven según sus palabras (¡que componen casi tres cuartas partes de nuestra Biblia!) y las desechan por irrelevantes y obsoletas, se pierden mucho de lo que Dios revela en cuanto al rol y la misión de Jesucristo y el tipo de relación que él desea desarrollar con nosotros.

Hace poco, millones de creyentes celebraron la Pascua Florida (o Pascua de Resurrección), uno de los festivales religiosos más populares del mundo. Curiosamente, este festival no se encuentra en ninguna parte de la Biblia.

Mientras tanto, un grupo relativamente pequeño de personas participó en una observancia que sí se encuentra en la Biblia: la *Pascua*.

¿Sabía usted que la Pascua es mencionada más de 70 veces en la Biblia, y que la Pascua Florida no aparece ni una sola vez? ¿Acaso los cristianos que observan la Pascua saben algo que los demás ignoran?

En primer lugar, saben lo que Juan el Bautista —cuya misión consistía en preparar el camino para la llegada del Mesías— exclamó cuando vio a Jesús: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29, énfasis nuestro en todo este artículo).

Además, saben que Jesús mismo, al observar la Pascua con sus apóstoles la noche antes de ser crucificado, les dejó (y también a sus seguidores posteriores a través de los siglos) el pan y el vino como símbolos de su sacrificio, ordenándoles que los comieran y bebieran “en memoria de mí” (1 Corintios 11:24-25).

También saben que más de 20 años después de que Jesucristo muriera y ascendiera al cielo, el apóstol Pablo nos dijo en sus escritos que “nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7).

Y en el versículo siguiente les dice a los miembros de la Iglesia en Corinto —incluyendo a muchos que eran gentiles y no judíos— que guarden la Fiesta de los Panes sin Levadura, otra fiesta bíblica estrechamente asociada a la Pascua, y menciona varias lecciones espirituales que los cristianos deben aprender mediante la observancia de esta fiesta, siempre que lo hagan de la manera apropiada y con la actitud espiritual correcta.

¿Sabía usted que la Pascua es mencionada más de 70 veces en la Biblia, y que la Pascua Florida no se menciona ni una sola vez?

¿Suena esto como un conjunto de instrucciones arcaicas, pasadas de moda y carentes de importancia para los cristianos actuales? ¡Más vale que examinemos cuidadosamente nuestras suposiciones!

En esta edición le ayudaremos a descubrir lo mucho que estos festivales bíblicos tan incomprendidos nos enseñan acerca de Jesucristo, nuestro Salvador y Rey venidero. Estas fiestas santas nos explican por qué tuvo él que venir, por qué se ofreció a sí mismo como sacrificio, y lo que espera de nosotros a cambio.

No hay nada más importante que este conocimiento para aprender cómo desarrollar una verdadera relación con Cristo — una relación basada en el entendimiento que Dios nos ha revelado mediante estos festivales, cuya observancia él nos ordena en su Palabra, la Biblia.

¿Está usted preparado para comenzar a vivir “de toda palabra de Dios”, como Jesucristo nos dice? ¡Esperamos que así sea, porque lo que aprenderá en este número de *Las Buenas Noticias* es un excelente comienzo!

—Scott Ashley, Editor

Las Buenas Noticias (USPS 11910) es una publicación bimestral de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional, 555 Technecenter Dr., Milford, Ohio 45150-2755, EE.UU. ©2014 Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. Todos los derechos reservados. Impresa en los Estados Unidos. Se prohíbe la reproducción en cualquier forma sin una autorización escrita. Franqueo de Revistas está pagado en Milford, Ohio y en otras oficinas de correo. Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960. POSTMASTER: Favor de mandar cambios de dirección a *Las Buenas Noticias*, PO Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027.

The Good News (USPS 11910) is published bimonthly by the United Church of God, an International Association, 555 Technecenter Dr., Milford, Ohio 45150-2755, USA. ©2014 United Church of God, an International Association. Printed in USA. All rights reserved. Reproduction in any form without written permission is prohibited. Periodicals postage paid at Milford, Ohio 45150, and at additional mailing offices. Scriptural references are from the Reina-Valera version, 1960 revision, unless otherwise noted. POSTMASTER: Please send address changes to *Las Buenas Noticias*, PO Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027.

Si desea obtener una suscripción gratuita, solo tiene que solicitarla a la dirección más cercana a su domicilio o por medio de nuestro portal en Internet, www.lasbuenasnoticias.org

Las donaciones para ayudar a compartir *Las Buenas Noticias* y nuestras otras publicaciones gratuitas con otras personas son aceptadas con mucha gratitud y están exentas de impuestos en los Estados Unidos y Canadá. Quienes decidan apoyar voluntariamente esta obra serán bienvenidos como colaboradores en este esfuerzo por predicar el verdadero evangelio a todas las naciones.

Las Buenas Noticias se envía gratuitamente a toda persona que la solicite. El precio de las suscripciones ha sido pagado por los miembros de la Iglesia de Dios Unida y otros colaboradores que voluntariamente contribuyen al respaldo de esta labor. La Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones y ministros en Estados Unidos y en muchos otros países. Para contactar a uno de nuestros ministros o para encontrar congregaciones u horarios de servicios religiosos, comuníquese con la oficina más cercana a usted o visite nuestro sitio de Internet: www.iduai.org

Edición en inglés:

Director: Scott Ashley

Director de arte: Shaun Venish

Edición en español

Debbie Orsak

Colaboradores especiales

Catalina Roig de Seigllie, Jaime Díaz, Jaime Salek

Gerente de operaciones de medios

Peter Eddington

Cuerpo editorial

Jerold Aust, Roger Foster, Tom Robinson, John R. Schroeder

Consejo de Ancianos de la Iglesia de Dios Unida

Carmelo Anastasi, Scott Ashley, Bill Bradford, Roc Corbett, John Elliott, Darris McNeely, Mark Mickelson, Rainer Salomaa, Mario Seigllie, Rex Sexton, Don Ward, Robin Webber (director)

Puede enviar sus comentarios, preguntas o solicitudes a cualquiera de estas direcciones:

Argentina: Casilla 118 • Centenario • Neuquén

Bolivia: Casilla 8193, Correo Central, La Paz

Chile: Casilla 10386, Santiago

Colombia: Apartado Aéreo 246001, Bogotá D.C.

Estados Unidos: P.O. Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027

Teléfono: (001) (513) 576-9796

Fax (001) (513) 576-9795

Guatemala: Apartado Postal No. 42-F, Ciudad de Guatemala

Perú: Apartado 11-073, Lima

Apartado 923, Trujillo

Correo electrónico: info@ucg.org

Sitios en Internet: www.iduai.org

www.lasbuenasnoticias.org

Contenido



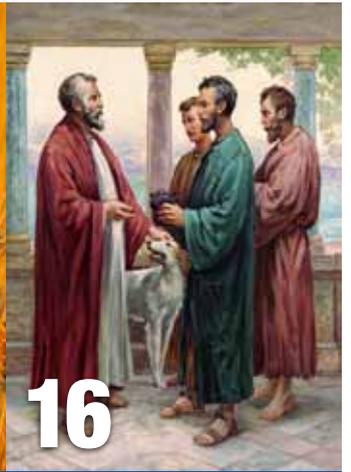
4



10



13



16

Portada

¿Quién fue Jesús?

¿De dónde vino Jesucristo? ¿Quién era? Muy pocos comprenden este misterio. ¿Lo entiende usted? ¡Esto es tan importante, que de ello dependen su futuro y salvación! 4

El Capitán de nuestra salvación:

¿Fue Jesús en verdad un ser humano? 7

Una de las herejías más insidiosas en la historia del cristianismo sostiene que Jesús no fue verdaderamente un ser humano y que en realidad no fue tentado como nosotros. ¿Cuál es la verdad?

Profecías acerca de Jesús:

¿Comprueban que él fue el Mesías? 10

Con el nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo se cumplieron cientos de profecías y cada una de ellas se llevó a cabo con extraordinaria precisión. Estas profecías cumplidas comprueban que la Biblia es verdadera, y que el plan de Dios para nuestro futuro es algo seguro.

La extraordinaria lección de la Fiesta de las Primicias 13

Si Jesucristo vino a salvar a la humanidad, ¿por qué está el mundo en tan lamentable estado? La respuesta se encuentra en un festival de Dios revelado en la Biblia y que muy pocos comprenden.

“Bien hecho, siervo bueno y fiel” 16

Jesús se valió de dos parábolas, la de las minas y la de los talentos, para enseñarnos lecciones fundamentales sobre lo que él espera que hagamos con lo que se nos ha entregado.

Noé: El resto de la historia 18

La reciente película Noé presenta una perspectiva horrenda y distorsionada acerca de uno de los grandes héroes de la fe. ¿Cuál es la verdadera historia de Noé, que tal vez usted nunca haya oído o contemplado?

¿Cómo experimentar el poder que lleva a la transformación? 20

Dios revela cómo encontrar el ingrediente que falta para poder transformar nuestras vidas. ¿Está listo para darle cabida?

¿Está dispuesto a cambiar? 22

¿Le gustaría darle un vuelco a su vida? Su Creador le ofrece la mejor alternativa para lograrlo: una transformación total para alcanzar la vida más provechosa que puede haber.



¿Quién fue Jesús?

¿De dónde vino Jesucristo? ¿Quién era? Muy pocos comprenden este misterio. ¿Lo entiende usted? ¡Esto es tan importante, que de ello dependen su futuro y salvación! *Por Bill Bradford*

¿Quién fue en realidad Jesucristo? Un año antes de ser arrestado y ejecutado mediante una horrible crucifixión, él les preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?”

Ellos le dieron las cuatro opiniones predominantes del momento: “Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas” (Mateo 16:13-14). Como se puede apreciar en estas respuestas, algunas personas en aquel tiempo decidieron arriesgarse y considerarlo un profeta resucitado por Dios específicamente para ese momento.

Pero si uno quiere ser un verdadero discípulo de Jesucristo, él insiste en que uno tiene

que conocer su verdadera identidad. Por lo tanto, les hizo una segunda pregunta: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Simón Pedro fue el primero en responder: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Esta afirmación —que Jesús era el Hijo de Dios— era tan importante, que Cristo le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (vv. 15-17, énfasis nuestro en todo este artículo).

¿Qué significa ser *el Hijo de Dios*? Con el paso del tiempo, los discípulos entendieron que Jesús había existido desde mucho antes de nacer como ser humano. Pero, ¿quién era él en realidad? ¿De dónde había venido?

Hijo de David por medio de María, e Hijo de Dios

Jesús nació entre los descendientes de la tribu de Judá que vivían en la tierra original de los israelitas (la cual en ese entonces se hallaba bajo ocupación romana), y los autores de dos de los evangelios, Mateo y Lucas, registraron su genealogía. Mateo presenta la genealogía de Jesús por el lado de José, su padre legal. En su declaración inicial Mateo dice: “Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham” (Mateo 1:1).

Aquí Mateo responde sin demora la pregunta que cualquier judío podía hacerse en cuanto a alguien que afirmara ser rey del pueblo de Dios, ya que según la profecía, el Mesías sería un descendiente de Abraham y también del rey David. Dios le había dicho con anterioridad a Abraham: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz” (Génesis

22:18; compare con Gálatas 3:16).

Los judíos también comprendían que el Mesías sería un descendiente del rey David, según la promesa de Dios al profeta Natán: “Será él quien construya una casa en mi honor, y yo afirmaré su trono real para siempre” (2 Samuel 7:13, Nueva Versión Internacional).

Lucas (quien nos entrega la genealogía de María) y Mateo certifican que Jesús era descendiente de Abraham y de David, y tienen mucho cuidado de *no* afirmar que Jesús era hijo de José. Mateo 1:16 nos dice que “Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo”, y Lucas 3:23 dice que Jesús “al comenzar su ministerio era como de treinta años, hijo, según se creía, de José”. El mismo versículo dice a continuación “hijo de Elí”. Este Elí no es el padre de José, Jacob, sino el padre de María, del cual se dice que también descendía de David.

Según el relato de Mateo, José estaba comprometido con María, pero aún no habían vivido juntos como marido y mujer, de acuerdo a las leyes de noviazgo y matrimonio de aquel tiempo. María estaba embarazada y José sabía que él no era el padre de la criatura. Se preguntaba qué debía hacer, y consideró seriamente la posibilidad de romper privadamente el compromiso.

Pero un ángel se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es” (Mateo 1:20). Por lo tanto, Jesús no tuvo un padre humano biológico. El padre de Jesús de Nazaret era *Dios*, y Jesús se refería a él como “*mi Padre*”, lo cual decía en sentido muy literal.

El Verbo estaba *con Dios* y *era Dios*

El apóstol Juan escribió su evangelio posiblemente unas seis décadas después de la muerte de Jesús, y no comienza con su genealogía familiar ni su nacimiento humano, sino con su *origen divino*. Juan es enfático, desde el mismo comienzo de su registro, en decirnos quién es Jesús, de dónde vino, y que existió mucho antes de su concepción humana.

Su evangelio comienza así: “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba *con Dios*, y el Verbo *era Dios*. Él estaba *con Dios* en el principio” (Juan 1:1-2, NVI). Juan se refiere a Jesucristo como “el Verbo”, y dice que él estaba en el principio *con Dios*, y que él *era Dios*”.

Este no es un misterio tan inescrutable

como parece; lo que vemos claramente aquí es que hay dos seres divinos que han existido juntos desde siempre, y que *ambos son Dios*.

Esto nos revela algo en cuanto a Dios: Dios está compuesto de más de una persona, y el hecho de que uno esté *con* el otro y ambos sean Dios nos dice claramente que son dos entidades distintas, pero tanto una como la otra son Dios. Algunos se confunden con este concepto porque no entienden la forma en que la Biblia define o describe a “Dios”.

La idea comúnmente aceptada es que Jesús era uno de los miembros de un Dios trino, es decir, una divinidad compuesta de tres personas en una sola, pero este concepto de Dios no se encuentra en el relato de Juan. Primero, Juan no habla de tres personajes, sino que nombra solo a dos: el Verbo (Aquél que se convirtió en Jesucristo), y Dios (que llegaría a ser conocido como *el Padre*).

Recién en el siglo IV d.C. la iglesia romana decidió en sus concilios que Dios era un ser único, pero compuesto de tres personas. Por lo tanto, los hombres comenzaron a definir a Dios como una Trinidad solo mucho después de que los discípulos originales de Jesús murieran.

No vemos ninguna Trinidad en el relato de Juan ni tampoco en ninguno de los otros evangelios, y Jesús ciertamente no se describió personalmente de esta manera. Él se refirió muchas veces a sí mismo y también a Aquél que él llamaba “su Padre”, y hablaba de una relación mutua que solamente puede entenderse como la de dos seres distintos que habían coexistido por toda la eternidad.

Juan registra la oración final de Jesús antes de su muerte: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, *con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*” (Juan 17:5). Aquí Juan refuerza la afirmación inicial de su evangelio: Jesús estaba *con* el Padre antes de que el mundo fuera creado y tenía gloria divina *con* el Padre, y en este momento, al final de su vida física en la Tierra, le pide a su Padre en oración que le *restituya* el mismo estado de gloria que había tenido previamente *con* él.

Jesús el Creador

En la introducción a su evangelio, Juan prosigue diciendo de Aquél que se convirtió en Jesús: “*Todas las cosas por él fueron hechas*, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3). Aquí nos dice que el Verbo, quien existió con Dios el Padre, ¡es el que en realidad llevó a cabo la creación bajo la dirección del Padre!

El apóstol Pablo también corrobora este

punto diciendo que Jesús fue el creador de todo lo que existe: “Porque en él fueron *creadas todas las cosas*, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). La terminología de Pablo incluye la creación de los ángeles y la autoridad que éstos tienen actualmente en el universo.

Pablo agrega en el versículo 17 que “él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten”. Esto significa que Jesús no solo fue el agente que llevó a cabo el acto mismo de la creación, sino que también es Aquél que sostiene la creación mediante su poder.

En otras palabras, la creación se mantiene en su estado actual —es sostenida, organizada, dirigida y preservada— por Aquél que era y es el Verbo. Hebreos 1:3 lo describe como quien “sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”. ¡Indudablemente, esto alude a un Ser de infinito poder y capacidad creativa! Él es eterno y divino.

Claramente, Jesús fue el Ser increíblemente poderoso que se sometió a la voluntad de aquel otro Ser a quien llamaba “su Padre”, y actuó como Creador ejerciendo su autoridad para gobernar sobre toda la creación, incluyendo a los seres angelicales.

Además, sus reiteradas referencias al Padre y a sí mismo como “el Padre y el Hijo”, aunadas a las abundantes alusiones en este sentido a lo largo de todo el Nuevo Testamento, nos ayudan a entender la verdadera naturaleza de Dios como *familia divina* —una familia dentro de la cual también otros pueden nacer!

Por esto es que Jesús es llamado “el *primogénito entre muchos hermanos*” (Romanos 8:29). También por ello fue que Pablo, en 2 Corintios 6:18, cita estas palabras de Dios: “Y seré para vosotros por Padre, y *vosotros me seréis hijos e hijas*, dice el Señor Todopoderoso”. (Para más información, solicite o descargue nuestro folleto gratuito *¿Por qué existimos?*).

“El Verbo se hizo carne y moró entre nosotros”

Juan 1 sigue explicando que “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (v. 14). Desde luego, como él llegó a ser una persona de carne y hueso, cabe preguntarse, ¿qué o quién era Jesús antes de convertirse en ser humano?

Esta es una revelación realmente extraordinaria para nosotros —que el gran Ser que ejecutó la creación de todas las cosas, animadas e inanimadas, el Ser eterno que vivió por

siempre en el pasado y tenía el poder absoluto para gobernar el universo, *se convirtió en un ser humano mortal*, capaz de experimentar todo lo que les sucede a los seres humanos, incluso la muerte.

En 1 Juan 1:1-2, Juan nos entrega más detalles y reafirma en un lenguaje inconfundible todo lo que había dicho con anterioridad: “Lo que ha sido desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado con las manos, esto les anunciamos respecto al Verbo que es vida. Esta vida se manifestó. Nosotros la hemos visto y damos testimonio de ella, y les anunciamos a ustedes la vida eterna que estaba con el Padre y que se nos ha manifestado” (NVI).

De acuerdo a las palabras de Juan, podemos concluir que Aquél conocido como Jesús, el hombre, preexistió como Dios, coexistió con Dios, y fue el mismo que bajo la dirección de su Padre creó el universo y puso al hombre sobre la Tierra con el propósito de que éste pudiera compartir con ellos su magnífica existencia. Este asombroso Ser, Jesús, algún día viviría como hombre entre los seres humanos en la Tierra para que tal propósito se llevara a cabo.

Igualdad con Dios

Pablo nos dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5). Pablo nos muestra la actitud de sacrificio y servicio de Cristo, quien renunció a la gloria y el poder divino que tenía junto al Padre en su preexistencia.

El apóstol después nos exhorta a tener la misma actitud humilde, servicial y generosa que tenía Jesucristo, “el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse” (v. 6). En otras palabras, él no insistió en asirse al poder y los privilegios que tenía como Dios omnipotente junto al Padre. En cambio, “se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres” (v. 7); es decir, lo abandonó todo — el increíble poder, la gloria y los privilegios que legítimamente tenía como Dios y segundo Ser eterno.

Pablo dice aquí que el Verbo que se convirtió en Jesús era igual que el Padre en términos de su naturaleza — eran el mismo tipo de Ser. El Verbo era Dios, eterno, autoexistente, pero estuvo dispuesto a transformarse en ser humano y estar sujeto a tentación, sufrimiento, dolor y hasta muerte. “Se humilló a sí mismo”, dice el apóstol Pablo en el versí-

culo 8. ¡Una vez que nos damos cuenta de dónde vino Jesús, podemos entender cuánto estuvo dispuesto a dejar por nuestro bien!

Aquí vemos descrito a Aquél que estuvo en el principio con Dios, que fue el creador de todas las cosas, que se humilló a sí mismo y se despojó de la gloria que tenía como Dios, y se convirtió en humano “a causa de la muerte que sufrió” (Hebreos 2:9, Dios Habla Hoy).

Más adelante Pablo nos dice que él también fue el Ser que se apareció como Dios en el Antiguo Testamento. Note lo que dice 1 Corintios 10:1-4: “No quiero que desco-



El Ser eterno que vivió por siempre en el pasado y tenía el poder absoluto para gobernar el universo, *se convirtió en un ser humano mortal* capaz de experimentar todo lo que les sucede a los seres humanos, incluso la muerte.

nozcan, hermanos, que nuestros antepasados estuvieron todos bajo la nube y que todos atravesaron el mar. Todos ellos fueron bautizados en la nube y en el mar para unirse a Moisés. Todos también comieron el mismo alimento espiritual y tomaron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que los acompañaba, *y la roca era Cristo*” (NVI).

Este mismo Jesús fue el que dijo “¡Sea la luz!”; el que ordenó a Noé construir un arca; el que se reunió con Abraham y comió con él; el que descendió del monte Sinaí como Dios de Israel y le dio la ley a su pueblo. (Si desea más información, solicite o descargue nuestro folleto gratuito *La verdadera historia de Jesucristo*).

Aquél que se convirtió en Jesucristo nunca abandonó a los seres humanos que creó junto con su Padre, sino que continuó interactuando con ellos a lo largo de la breve y turbulenta historia del hombre, y en el momento indicado vino a la Tierra como ser humano a fin de revelarnos al Padre y el gran propósito que él tiene para nosotros (Juan 1:18).

Jesucristo como siervo

Volvamos a lo que dijo Pablo acerca de Jesucristo cuando éste se despojó a sí mismo, “tomando forma de *siervo*” (Filipenses 2:7). Él adoptó la condición de siervo, y no la de alguien de alto rango.

Al convertirse en hombre, Jesús se rebajó a la categoría más insignificante de la humanidad, la de siervo y esclavo, y sirvió a Dios

y al hombre. “Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve”, dijo él (Lucas 22:27).

Ésta era su actitud, su condición, su manera de pensar. Fue obediente hasta el punto de morir, y su muerte fue la más terrible que una persona pueda experimentar. “Y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Lo que Pablo dice es esto: el gran Ser divino que es Dios junto con el Padre, y que estaba con el Padre como Dios en el principio, voluntariamente se convirtió en un ser humano inferior, humillándose a sí mismo, sirviendo a toda la humanidad, y pagando el precio por nuestros pecados mediante un dolor indescriptible y una muerte espantosa.

Este fue su acto de servicio más *sublime*. Debido a que él era Dios, pudo pagar el precio por *todos* los pecados de *toda* la humanidad de *todos* los tiempos. ¡Y lo hizo voluntariamente, por usted y por mí!

Cuando pensemos en Jesucristo, debemos entender quién es él en realidad. ¡Él es Dios! ¡Es nuestro Creador, el mismo Ser que nos hizo! Debemos considerarlo como Aquél que tomó la clara decisión de someterse completamente para llevar a cabo el sacrificio más trascendental de todos los tiempos por nuestro bien.

Su sacrificio nos comprobó que el amor más grandioso puede ser demostrado de una manera que no deja lugar a ninguna duda. Por esta razón, ¡él no merece nada menos que todo nuestro amor y servicio incondicional a cambio! **BN**



El Capitán de nuestra salvación

¿Fue Jesús en verdad un ser humano?

Una de las herejías más insidiosas en la historia del cristianismo sostiene que Jesús no fue verdaderamente un ser humano y que en realidad no fue tentado como nosotros. ¿Cuál es la verdad? **Por Bill Bradford**

■ Necesitaba Jesús ser salvo? Si era un ser eterno y divino antes de nacer como humano, ¿cómo podría entenderse que necesitara alcanzar la salvación? ¿Acaso no disfrutaba ya de vida eterna con Dios?

Jesucristo es conocido como el Capitán de nuestra salvación. Un capitán es alguien que lidera un grupo para alcanzar un objetivo. Si él era eterno antes de su nacimiento como humano, ¿cómo podía mostrarnos legítimamente la forma de alcanzar la salvación que Dios ofrece?

El libro de Hebreos, que probablemente fue escrito por el apóstol Pablo, dice lo siguiente: “En efecto, a fin de llevar a muchos hijos a la gloria, convenía que Dios, para quien y por medio de quien todo existe, perfeccionara mediante el sufrimiento *al autor de la salvación* de ellos” (Hebreos 2:10, Nueva Versión Internacional, énfasis nuestro en todo este artículo).

Naturalmente, esto nos lleva a otra pregunta: puesto que él es eterno, y es Dios, lógicamente es perfecto. ¿Cómo, entonces, iba a ser perfeccionado por medio del

sufrimiento?

La pregunta realmente se reduce a esto: ¿fue la salvación de Jesucristo algo genuino, como para que podamos seguirlo con confianza, o más bien algo ficticio? ¿Podía él pecar? ¿Necesitaba ser salvo? ¿Qué dice la Biblia?

Jesús fue humano y mortal

Al comienzo de su evangelio el apóstol Juan dice que el Verbo se hizo carne, y nos explica quién es el Verbo. Él estaba *con* Dios, y *es* Dios, y por medio de él Dios creó todas las cosas (Juan 1:1-3). Por lo tanto, había dos seres divinos con vida autónoma que habían vivido juntos por toda la eternidad. Juan los denomina Dios y el Verbo, pero se refiere a ambos como “Dios”. El Verbo se hizo carne como el Hijo del Padre (v. 14).

Jesús no fue simplemente un hombre que vivió en la Tierra y que se hallaba misteriosamente vinculado a la segunda persona de la divinidad. Jesús era Dios el Verbo y vivió por un período de tiempo como ser humano, es decir, nunca dejó de ser divino.

La explicación que encontramos en

Hebreos 2 continúa: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre [es decir, tal como todos los miembros de la familia humana son seres físicos, mortales y carnales], él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (v. 14).

Jesús destruiría o anularía el poder del diablo por medio de su muerte. Así es — ¡Jesús podía morir! Aquél que es eterno realmente murió, y más tarde volvió a la vida eterna por medio de la resurrección de los muertos. En sus propias palabras, Jesús resucitado dice: “Yo soy el que vive. *Estuve muerto*, ¡pero mira! ¡Ahora estoy vivo por siempre y para siempre!” (Apocalipsis 1:18, Nueva Traducción Viviente).

Aquél que era Dios junto con Dios el Padre murió como cualquier otro ser humano. Pero, ¿cómo podría morir Dios? Dios no puede morir, a menos que se convierta en un ser humano mortal. Hebreos 2:9 declara: “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos”.

Jesús no solo *podía* morir, sino que en efecto, *murió*. Debemos tomar en cuenta que quién murió por nosotros no fue simplemente alguien llamado Jesús, concebido de

manera sobrenatural por un milagro divino y creado espontáneamente por Dios para este propósito. No. *Él era Dios*. El mismo Ser que creó todas las cosas de acuerdo a la voluntad del Padre, el que hizo la raza humana, ¡fue el que murió por nosotros! Nadie más que nuestro Creador podría haber

cuando se hizo humano?

La Biblia declara enfáticamente que Jesús *no* pecó. Pablo dice que Jesús “no conoció pecado” (2 Corintios 5:21). Juan confirma que “en él no hay pecado” (1 Juan 3:5). Ninguno de sus enemigos pudo culparlo de pecado (Juan 3:5).



Su ayuno en el desierto por 40 días y 40 noches, durante los cuales fue “tentado por el diablo” (Mateo 4:1), no fue un simple incidente insignificante.

pagado el precio de nuestros pecados con su propia muerte. Él, nuestro Creador, ¡murió por nosotros! (Asegúrese de leer “¿Quién fue Jesús?”, comenzando en la página 4).

Por otra parte, debemos considerar por un momento lo importante que era para Dios que entendiéramos su amor para con sus futuros hijos ¡mediante el envío del Verbo a la Tierra para morir! La voluntad divina del Verbo de bajar a la Tierra, despojándose de su gloria y poder inherentes para sufrir y morir en nuestro lugar (Filipenses 2:5-8), es el más extraordinario ejemplo de sacrificio por el bien de otros.

¿Podía Jesús ser tentado a pecar?

Esto nos lleva a otra pregunta acerca de la humanidad de Jesús. ¿Era posible que Jesús pecara? Estando en la condición de existencia divina como Dios, es claro que no podía pecar, ya que la Biblia afirma que “Dios no puede ser tentado por el mal” (Santiago 1:13) pero, entonces, ¿qué ocurrió con Jesús

Pero, ¿*pudo* Jesús haber pecado? ¿Tenía la *capacidad* de pecar? Nuevamente, Hebreos dice: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que *fue tentado en todo* según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Pero si no era posible que Jesús pecara, ¿fueron reales las tentaciones que experimentó?

Quizá sea mejor decir que aunque él podía optar por pecar, existía plena certeza de que no lo haría, porque las promesas de la Biblia dependían de que él no cometiera pecado. Más adelante veremos por qué Jesús tenía asegurada la victoria.

Por otra parte, las luchas y tentaciones que Jesús enfrentó fueron reales. Su ayuno en el desierto por 40 días y 40 noches, durante los cuales fue “tentado por el diablo” (Mateo 4:1), no fue un simple incidente insignificante. Las cosas que el diablo le ofreció para tentarlo eran muy atractivas para cualquier ser humano, y Jesús era humano.

Sin embargo, el simple hecho de que una persona sienta atracción hacia algo no significa que esté cometiendo pecado. Desde luego que si no hay atracción, no puede haber tentación. Cuando una persona codicia en su corazón, o de hecho, comete pecado, es porque ha sucumbido a la tentación. Como señala Santiago 1:14-15: “La tentación viene de nuestros propios deseos, los cuales nos seducen y nos arrastran. De esos deseos nacen los actos pecaminosos” (Nueva Traducción Viviente).

Humanamente hablando, Jesús sí tuvo impulsos carnales, pero tenía que discernir la tentación y optar de inmediato por rechazar firmemente los deseos propios del corazón humano. ¿De dónde sacó las fuerzas para resistir?

Mientras estuvo en la carne, Jesús declaró que el poder sobrenatural de obrar milagros no provenía de sí mismo, sino de su Padre (Juan 5:30; 14:10). Durante toda su existencia como ser humano tuvo que usar el mismo poder para soportar las constantes tentaciones. Por lo tanto, Jesús pudo resistir el pecado porque confió en la ayuda de Dios el Padre por medio del poder del Espíritu Santo que moraba en él. Lo mismo debemos hacer nosotros.

La tentación de Cristo

Ya leímos que Jesús fue tentado en todo tal como nosotros, pero nunca pecó (Hebreos 4:15). Indudablemente, la prueba más difícil que enfrentó Jesús tuvo lugar durante la víspera de su tortura y asesinato. Sabiendo anticipadamente lo que iba a sufrir, Jesús oró angustiosamente, como leemos: “Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:44).

Ese mismo momento es el que describe Hebreos 5:7: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente”.

Para que Jesús comprendiera realmente lo que es luchar contra el pecado como humano, tenía que ser exactamente igual a nosotros: “Por lo tanto, era necesario que en todo sentido él se hiciera semejante a nosotros, sus hermanos, para que fuera nuestro Sumo Sacerdote fiel y misericordioso, delante de Dios. Entonces podría ofrecer un sacrificio que quitaría los pecados del pueblo. Debido a que él mismo ha pasado por sufrimientos y pruebas, puede ayudarnos cuando pasamos por pruebas” (Hebreos 2:17, NTV).

Si Jesús no era humano y nunca fue tentado, ¿cómo hubiera podido ser nuestro ejemplo? Jesús fue tentado en todos los aspectos de la vida pero, no obstante, dominó sus impulsos. Si una persona cede a la tentación, no puede llegar a sentir su verdadera magnitud; pero al resistirla, es capaz de dimensionarla en toda su fuerza. Solo el que persevera y resiste con firmeza una ten-

ta propia salvación en su condición de ser humano. Hebreos explica que “aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8). ¿Fue él obediente antes de convertirse en humano? ¡Claro que sí! ¡Siempre! Pero esta vez aprendió lo que era obedecer en la carne por medio de las cosas que padeció.

“Y habiendo sido perfeccionado, vino a

Si una persona cede a la tentación, no puede llegar a sentir su verdadera magnitud; pero al resistirla, es capaz de dimensionarla en toda su fuerza. Solo el que persevera y resiste con firmeza una tentación particular puede conocer en plenitud su verdadero alcance.

tación particular puede conocer en plenitud su verdadero alcance.

Jesús fue probado al límite. El resistió “hasta la sangre, combatiendo contra el pecado” (Hebreos 12:4). Se rehusó a contradecir la voluntad de su Padre ¡aunque eso significara sufrir una muerte espantosa!, “y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

La salvación de Jesús

Felizmente, la historia de Jesús no termina con su muerte. El volvió a la vida, lo cual nuevamente requirió ayuda de lo alto. La noche antes de su crucifixión, Jesús oró a su Padre: “Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:5).

Como ser humano, y habiendo muerto como tal, si Jesús iba a recibir nuevamente la vida eterna en su nivel anterior de existencia divina se debería a que su Padre lo resucitaría de la muerte. Cuando Jesús se hizo carne, depositó su futuro enteramente en las manos del Padre. Si Jesús hubiera pecado siendo humano, no hubiera habido paga por su pecado ni por los *nuestros*. ¡Ni él ni nosotros hubiéramos tenido esperanza de vida eterna!

Jesús sabía que podía pecar. Como hemos demostrado, fue tentado en gran manera en más de una ocasión. No obstante, Jesús tenía fe absoluta en su Padre. Él sabía que si confiaba en su Padre, él le daría todo el poder espiritual que necesitaba.

Aunque Jesús tenía vida eterna antes de convertirse en hombre, tuvo que alcanzar

ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (v. 9). ¿Era Jesús ya perfecto antes de nacer como hombre? Sí. Más aún, él fue un ser humano perfecto durante toda su vida en la carne y en todas las etapas de su vida. Sin embargo, solamente logró alcanzar la completa perfección en la carne después de haber superado todas las tentaciones a pecar y de haber perseverado hasta el final. Esto fue posible solamente por el contacto permanente que mantuvo con el Padre, quien fue su fuente vital de ayuda y guía espiritual; su sujeción al Padre le dio la fortaleza para vencer.

Las condiciones para la salvación de Cristo fueron las mismas que para cualquier ser humano. Para poder obtener la salvación, es decir, la vida eterna, debía vivir como uno de nosotros. ¿Qué garantía tenían Jesús y el Padre de que todo resultaría bien? La verdad es que ellos tenían plena certeza de que Jesús viviría una vida sin pecado y que sería obediente a Dios el Padre durante su difícil vida aquí en la Tierra.

Esta es una de las grandes razones que explica por qué Jesucristo es el Capitán de nuestra salvación, la cual es imposible de alcanzar por nuestros propios medios. Él marchó a la vanguardia y nos demostró que como seres humanos podemos lograrla. Como Capitán de nuestra salvación, él mora en nosotros y nos guía.

Pablo escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20).

Así como nosotros tenemos que confiar

en Jesucristo para sostenernos en esta vida, él tuvo que confiar en su Padre para que lo sostuviera en los días de su carne. Jesús fue un ser humano en todo el sentido de la palabra: necesitaba ayuda espiritual y la recibió; experimentó emociones humanas, como el dolor y el sufrimiento, al igual que cualquier otro hombre; sintió la tentación de pecar como cualquier otro ser humano, pero siempre logró superarla gracias a la fuerza del Espíritu de Dios.

Él venció al mundo (Apocalipsis 3:21). Confió plenamente en el Padre, alcanzó la salvación en las circunstancias más difíciles, y fue resucitado por su Padre fiel después de tres días y tres noches, demostrando al mundo que en todo momento agradó al Padre.

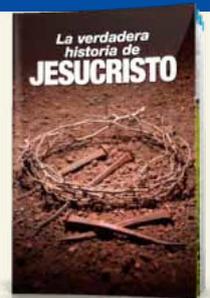
¿Había algún riesgo?

Jesús estuvo dispuesto a hacer la voluntad del Padre para venir a la Tierra como ser humano. ¿Había algún riesgo? No, pero no porque Jesús no pudiera pecar, sino porque cada uno sabía lo que el otro haría. Jesús siempre hizo lo que agradó al Padre, y el Padre siempre estuvo dispuesto a ayudarlo.

El Padre cumplió fielmente lo que prometió que haría, y Jesús tuvo fe en ello (Juan 8:28-29). La salvación de Jesús estaba asegurada, no porque él tuviera fuerza inherente en sí mismo, sino porque el Padre siempre estaba con él. De igual forma, ¡nuestra salvación está segura si seguimos el ejemplo del Capitán de nuestra salvación! **BN**

Para más información

¿Comprende usted verdaderamente quién fue Jesús? ¿Entiende cuál fue su propósito para venir a la Tierra, o la magnitud de su sacrificio? Hay mucha información, vital para nuestra salvación y relación con él, que debemos conocer. Le ofrecemos para ello nuestro folleto gratuito *La verdadera historia de Jesucristo*.



Contáctese con cualquiera de nuestras oficinas que aparecen en la página 2 para solicitarlo, o descárguelo de nuestro portal de Internet.

www.iduai.org/folletos

Profecías acerca de Jesús:

¿COMPRUEBAN QUE ÉL FUE EL Mesías?

Con el nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo se cumplieron cientos de profecías. Cada una de ellas se llevó a cabo con extraordinaria precisión. Estas profecías cumplidas comprueban que la Biblia es verdadera y que el plan de Dios para nuestro futuro es algo seguro. *Por Noel Hornor*

Hace poco más de 2000 años, en la pequeña ciudad de Belén (ubicada en Judea, provincia del Imperio romano), una joven mujer dio a luz un varoncito. Aunque en ese entonces no se sabía, este niño estaba destinado a cambiar por completo la historia de la humanidad. Sus padres, José y María, nombraron al recién nacido “Jesús”, de acuerdo a la voluntad de Dios.

Es imposible describir adecuadamente lo que significaría para el mundo la venida de Jesús. Nosotros escasamente podemos comprender todas las obras que él hizo. Uno de los relatos bíblicos acerca de su vida y obra afirma: “Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo

cabrían los libros que se habrían de escribir” (Juan 21:25).

Muchos han intentado describir a Jesús y sus obras. De acuerdo a un renombrado historiador, solo en el idioma inglés se han publicado más de 100 000 libros acerca de su vida. La venida de Jesucristo, sus enseñanzas, su muerte y resurrección revolucionaron la historia y dieron origen a la religión con mayor número de adeptos en el mundo.

¿Fue Jesús simplemente otro falso maestro que impulsó a sus crédulos seguidores —que lo consideraban el Mesías— a establecer una religión en su nombre, una religión que por pura casualidad se ha preservado en el tiempo y que hoy en día cuenta con más de 2 mil millones de adherentes? ¿O acaso es cierto lo que la Biblia enseña

acerca de él — que él era el Mesías o Cristo, el Hijo de Dios, y que su vida y obra fueron profetizadas mucho antes de su nacimiento?

¿Fue Jesús verdaderamente único?

En aquella época aparecieron también otros hombres afirmando que eran algún tipo de mesías que libraría al pueblo del yugo romano. “La cruda realidad es que entre los años 67 y 37 a.C. en Palestina perecieron no menos de 100 000 hombres en rebeliones fracasadas” (William Barclay, *The Mind of Jesus* [La mente de Jesús], 1963, p. 45).

Todos estos disturbios sociales no sirvieron de nada, mientras que la obra de Jesús sobrevivió y prosperó con el tiempo. Este es solo uno de los maravillosos aspectos de Jesús de Nazaret. Su extraordinaria personalidad, jamás igualada por ninguna otra persona en toda la historia del hombre, se destacó también mediante otros hechos.

Uno de ellos tiene que ver con las muchas profecías acerca de él. La naturaleza de su nacimiento y muchos aspectos de su vida y obra fueron predichos en el Antiguo Testamento, y este artículo se enfoca en esa faceta de su vida.

Cierta fuente calcula que en el Antiguo Testamento se encuentran “trescientas treinta y dos distintas predicciones que fueron literalmente cumplidas con Cristo” (Floyd Hamilton, *The Basis of Christian Faith* [Los fundamentos de la fe cristiana], pp. 156-157). La probabilidad de que algo así ocurra por simple casualidad es un gran reto a nuestra capacidad para medir estadísticas.

La Biblia que tenemos hoy en día terminó de escribirse hace casi dos mil años. Está compuesta de lo que comúnmente se conoce como el Nuevo Testamento y el Antiguo Testamento, los cuales consideramos partes de un solo libro. Sin embargo, algunos no se dan cuenta de que el Antiguo Testamento fue concluido unos 400 años antes de la venida de Jesucristo.

Las profecías acerca de él estaban ahí, esperando que alguien las cumpliera y validara la Biblia como la Palabra de Dios. Las profecías alusivas a Jesús habían sido escritas con muchísima antelación. Si un hombre hubiese salido del vientre de su madre y hubiese cumplido solo unas cuantas de las profecías de Dios, hubiéramos atribuido tal cosa a una simple coincidencia; ¡pero el haber cumplido más de 300 profecías elimina cualquier posibilidad de coincidencia!

“El islam no puede citar ninguna profecía acerca de la venida de Mahoma registrada cientos de años antes de su nacimiento. Los fundadores de cualquier otro culto tampoco pueden identificar ningún texto que vaticine específicamente su propia aparición” (Wilbur Smith, *The Incomparable Book* [El libro incomparable], 1961, p. 10). ¡La Biblia es única en este sentido! Veamos unos cuantos ejemplos específicos de profecías cumplidas.

Profecía 1: Jesús nacería en Belén

“Pero de ti, Belén Efrata, pequeña entre los clanes de Judá, saldrá el que gobernará a Israel; sus orígenes se remontan hasta la antigüedad, hasta tiempos inmemoriales” (Miqueas 5:2, Nueva Versión Internacional).

Cualquiera que conozca aunque sea someramente los detalles del nacimiento de Cristo sabe que sus padres no vivían en Belén sino en Nazaret, a varios días de camino hacia el norte. Cuando Jesús estaba por nacer, se requería algo que obligara a José y María a viajar desde su hogar hasta la aldea de Belén.

Ese algo fue el censo romano. El emperador Augusto emitió un decreto que exigía que todos los habitantes del imperio se empadronaran. La gente debía registrarse en

sus lugares de nacimiento, por lo que José llevó a María, su prometida, a Belén, y mientras estaban allí, nació Jesús (Lucas 2:1-7).

¿Habrá sido posible que Augusto fuera motivado por Dios para declarar que todos los habitantes de su reino debían ser censados en ese preciso momento? La respuesta es ¡sí! Esta sería la primera de muchas instancias en que ha habido intervención divina para llevar a cabo la profecía.

Profecía 2: Un heraldo proclamaría la llegada de Jesús

Más de cuatro siglos antes del nacimiento de Jesús, Dios levantó un profeta, quien predijo que el ministerio de Jesús sería precedido de otro profeta que anunciaría su llegada: “Yo estoy por enviar a mi mensajero para que prepare el camino delante de mí” (Malaquías 3:1).

Este heraldo fue Juan el Bautista, y la historia de cómo proclamó el ministerio de Jesucristo es la siguiente: “Vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor; Enderezad sus sendas” (Lucas 3:2-4).

Mientras más sumamos las predicciones acerca de la venida del Señor, más disminuyen las posibilidades de que estos fenómenos hayan sucedido por accidente. A través de la historia de la humanidad han nacido muchas personas en Belén; de hecho, están naciendo bebés ahí en este mismo instante, pero ¿cuántos han nacido en Belén y además han tenido un heraldo que proclamara por adelantado que venían a predicar la Palabra de Dios?

El nacimiento de Jesucristo fue profetizado en el Antiguo Testamento, y más tarde su venida fue anunciada anticipadamente por Juan el Bautista. Ambas profecías fueron cumplidas.

Profecía 3: Jesús entraría a Jerusalén montado en un asno

El profeta Zacarías registró una profecía referente a un acontecimiento que tendría lugar durante la última semana de la vida de Jesús: “Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zacarías 9:9).

Durante la última semana de su vida terrenal, Jesús entró a Jerusalén montado

en un asno y se proclamó a sí mismo como el Mesías de Dios (Mateo 21:7-11). ¿Cuántos hombres en la historia de la humanidad han entrado a Jerusalén como gobernantes cabalgando sobre un asno? Esta profecía por sí sola es algo que no tiene precedente histórico.

Como dijimos, mientras más profecías se cumplen, más escasa es la posibilidad de que estos eventos sucedan por simple accidente. ¿Cuántos hombres han entrado a Jerusalén montados en un asno además de haber nacido en Belén, y han contado con un precursor que anunciara su venida con anticipación?

Profecía 4: Jesús sería como un pastor herido

“Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice el Eterno de los ejércitos. Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas” (Zacarías 13:7).

Esta profecía fue cumplida la noche en que Jesús fue arrestado y los discípulos lo abandonaron y huyeron (Mateo 26:31, 56). Más tarde, los soldados romanos golpearon repetidas veces a Jesús, quien había declarado ser el buen Pastor (Juan 10:14). Lo golpearon con las palmas de sus manos (Mateo 26:67) y al día siguiente fue asesinado — el Pastor efectivamente fue herido, y sus seguidores más cercanos se dispersaron.

Cada declaración que hicieron los profetas del Antiguo Testamento acerca de Jesús fue cumplida y registrada en el Nuevo Testamento. Esto confirma que estos eventos estaban siendo completamente dirigidos por Dios, y que la Biblia es infalible. Es prácticamente imposible explicarlos a menos que haya habido una mano divina guiándolos.

Profecía 5: Jesús sería traicionado por 30 piezas de plata

“Entonces el SEÑOR me dijo: Entrégaselas al fundidor. Así que tomé las treinta monedas de plata y se las di al fundidor del templo del SEÑOR” (Zacarías 11:13, NVI).

Esta profecía fue cumplida cuando Judas entregó a Jesús a los principales sacerdotes por el precio de 30 piezas de plata (Mateo 26:15-16). Más tarde, agobiado por el remordimiento, Judas trató de devolver el dinero a los sacerdotes pero éstos se rehusaron a aceptarlo, y Judas lo arrojó al piso del templo. Los sacerdotes después tomaron el dinero y lo usaron para comprar “el campo del alfarero, para sepultar a los extranjeros” (Mateo 27:3-10).

Esta profecía es muy específica. Solo

preguntémosnos: ¿cuántos hombres que han aceptado dinero ensangrentado para traicionar a un amigo han intentado devolverlo más tarde y han sido rechazados? Más aún, ¿cuáles son las posibilidades de que dicho dinero sea utilizado en la compra de un terreno para sepultar a los vagabundos, tal como se había predicho siglos antes?

Profecía 6: Jesús no se defendió al ser juzgado

“Maltratado y humillado, ni siquiera abrió su boca; como cordero, fue llevado al matadero; como oveja, enmudeció ante su trasquilador; y ni siquiera abrió su boca” (Isaías 53:7).

Cuando Jesús compareció ante el procurador romano Poncio Pilato, los principales sacerdotes y ancianos le lanzaron muchas acusaciones, a las cuales Jesús no respondió. Pilato “se llenó de asombro” ante este hombre inocente que había debido soportar tanto odio y acusaciones falsas y que sin embargo no habló para defenderse (Mateo 27:12-14, NVI).

¿Cuántos hombres a través de la historia han reaccionado como Jesús lo hizo al enfrentarse a un juicio del que dependía su vida? ¿Cómo puede alguien absolutamente inocente tener la fortaleza para contenerse y no intentar salvar su vida? La respuesta es que *Jesús era el Hijo de Dios*. Él había venido a la Tierra a cumplir las profecías que se habían escrito acerca suyo y sabía que, aunque era inocente, debía morir por nuestros pecados.

Únicamente el Mesías podía soportar tan atroces circunstancias sin quejarse. Él aguantó todo y no pecó, “ni hubo engaño en su boca” (Isaías 53:9), y con esto estableció un ejemplo para todos los cristianos que son perseguidos a causa de su fe (1 Pedro 2:21-23).

Profecía 7: Jesús moriría crucificado

“Porque perros me han rodeado; Me ha cercado cuadrilla de malignos; Horadaron mis manos y mis pies” (Salmo 22:16). Pilato flageló a Jesús y “le entregó para ser crucificado” (Mateo 27:26). Para que esta profecía pudiera cumplirse era necesaria una extraordinaria cadena de eventos.

Los líderes judíos deseaban deshacerse de Jesús, al cual consideraban su competidor. Sin embargo, los romanos no permitían a los judíos imponer la pena capital. Si éstos hubieran matado a Jesús, probablemente lo hubieran hecho por apedreamiento (Hechos 7:58), ya que los judíos no practicaban la crucifixión.

Los romanos se valían de la crucifixión para castigar a criminales empedernidos y especialmente a quienes aparentemente representaban una amenaza a la paz romana. Pilato sabía que Jesús no era ninguna amenaza, y que se lo habían entregado “por envidia” (Mateo 27:18).

Los judíos llevaron a Jesús ante Pilato, acusándolo de que él básicamente constituía una amenaza para Roma (Lucas 23:2). Una vez más Pilato se negó a sentenciar a Jesús para ser crucificado, porque sabía que los judíos habían inventado esta acusación. Entonces ellos obligaron a Pilato a sentenciar a Jesús implicando que el gobernador estaba siendo desleal al emperador (Juan 19:12). Pilato temía ser reportado a Roma, lo cual ponía en peligro su cargo de procurador.

Como vemos, para que esta profecía respecto a la forma en que moriría Jesús se cumpliera se requería una serie de circunstancias sumamente inusuales. El cumplimiento de esta profecía respecto a la vida y muerte de Jesucristo se suma a la montaña de evidencia que comprueba que este hombre, cuya vida fuera profetizada y extraordinariamente planificada por Dios de antemano, era el Mesías. Este cumplimiento fortalece aún más la prueba infalible de que la Biblia es la Palabra de Dios. Ningún libro común y corriente tiene grabadas las huellas digitales de Dios como la Biblia.

Profecía 8: Jesús moriría con los criminales, pero sería sepultado con los ricos

“[Jesús] derramó su vida hasta la muerte, y fue contado entre los transgresores” (Isaías 53:12). Aunque era perfectamente inocente, Jesucristo fue crucificado entre dos malhechores, flagrantes violadores de la ley (Marcos 15:27-28; Lucas 23:33).

Isaías 53 también dice: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte” (v. 9). Esto puede parecer una contradicción, pero la primera parte denota que inicialmente se le había asignado una fosa común destinada a los criminales, y la última parte muestra lo que en realidad sucedió: fue sepultado en la tumba de José de Arimatea, un hombre rico que le pidió especialmente su cuerpo a Pilato (Mateo 27:57, 60). Una vez más vemos que solamente Dios pudo haber predicho todos estos hechos por adelantado y haberse asegurado de su cumplimiento, registrándolos muchos siglos antes.

Y aún hay más en el futuro, según la Palabra segura de Dios

Felizmente, Jesús no permaneció muerto

ni en la tumba. Se había profetizado que seguiría haciendo cosas magníficas, lo cual solo sería posible si volvía a vivir. De hecho, sabemos que Jesús resucitó de los muertos y que después de aparecerse a muchas personas subió al cielo para sentarse a la diestra de su Padre. Allí estará hasta que llegue el momento de su retorno a la Tierra, esta vez como “REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES” (Apocalipsis 19:16).

Debemos maravillarnos de la forma tan exacta en que Jesús cumplió la profecía. Además, debemos leer la Palabra inspirada de Dios, la Biblia, con gran reverencia, porque no solo nos habla de las profecías que han sido cumplidas sino también de lo que va a suceder en el futuro.

Nos dice que Jesús va a regresar para establecer el Reino de Dios sobre la Tierra y que en ella reinará para siempre (Apocalipsis 11:15). ¡Usted puede estar allí y ser parte de ese Reino si pone en práctica la Palabra de Dios y le dedica su vida a él desde ahora!

Se han escrito muchos otros libros que pretenden ser sagrados. ¿Cómo podemos distinguir la Biblia de todos ellos? Una de las maneras más efectivas es a través de la profecía cumplida.

Hablando por medio de Isaías, Dios dice: “Desde hace mucho tiempo anuncié las cosas pasadas. Yo las profeticé; yo mismo las di a conocer. Actué de repente, y se hicieron realidad . . . Por eso te declaré esas cosas desde hace tiempo; te las di a conocer antes que sucedieran, para que no dijeras: ‘¡Fue mi ídolo quien las hizo! ¡Mi imagen tallada o fundida las dispuso!’” (Isaías 48:3, 5, NVI).

¡Lea su Biblia! ¡Estúdiela diligentemente, porque es la Palabra de Dios! En sus páginas podrá leer acerca del plan de Dios y de su voluntad para usted. Lo que él desea para todos los seres humanos es mucho más grande que lo que nuestras mentes pueden concebir.

No obstante, podemos entender aunque sea un poquito de su voluntad leyendo la Biblia. Dios nos dice en 1 Corintios 2:9-10: “Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”. **BN**

La extraordinaria lección de la Fiesta de las Primicias

Si Jesucristo vino a salvar a la humanidad, ¿por qué está el mundo en tan lamentable estado? La respuesta se encuentra en un festival de Dios revelado en la Biblia y que muy pocos comprenden. **Por Bill Bradford**

Jesucristo mismo dijo: “No he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo” (Juan 12:47). También dijo: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). Pero en un mundo donde centenares mueren cada día debido a la violencia, el hambre, las enfermedades y los desastres naturales; donde abundan la injusticia, la inmoralidad y toda clase de impiedad; donde miles mueren diariamente sin haber oído jamás el nombre de Jesucristo, o incluso sin haber visto una Biblia, ¿podemos realmente decir que Cristo tuvo éxito en su misión?

¿Se equivocó Jesucristo? Si su intención era salvar al mundo, ¿ha sido éste verdaderamente salvo? Cuando vemos la crueldad del hombre hacia el hombre en una escala sin precedentes, ¿sería lógico concluir que el mundo ha sido salvado?

Estas preguntas siempre han constituido un verdadero enigma para quienes han estado dispuestos a confrontar los hechos. Si la iglesia cristiana tenía la misión de llevar el mensaje de Cristo al mundo para que éste

podiera ser salvo, ¿por qué hay tanto caos religioso en el mundo? Además, si el evangelio de Jesucristo tiene todas las respuestas a los problemas del hombre, ¿a qué se debe la terrible situación mundial?

¿Será que Cristo no consiguió la colaboración de su propia Iglesia para llevar a cabo su misión? ¿O tal vez ha sido incapaz de inspirar a sus seguidores a tener la fe suficiente para hacer obras mayores que las que él hizo, tal como prometió? (Juan 14:12). ¿O quizá las fuerzas enemigas simplemente ejercen demasiado poder sobre la incrédula humanidad?

Ninguna de las respuestas anteriores es válida.

No obstante, las respuestas a todos estos interrogantes sí se encuentran en el festival llamado la *Fiesta de las Primicias* (Éxodo 23:16). Esta celebración, así como el resto de las fiestas santas de Dios, fueron ordenadas por él en Levítico 23:15-21.

Cuando Dios habló sobre estas celebraciones sagradas, dijo: “Habla a los hijos de Israel y diles: Las fiestas solemnes del Eterno, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán estas.” (Levítico 23:2).

Posteriormente encontramos que la Iglesia que fundó Jesucristo también guardó este festival único, conocido por los seguidores de Cristo como la *Fiesta de Pentecostés*. De hecho, la Iglesia del Nuevo Testamento nació aquel mismo día de Pentecostés en el cual ocurrieron eventos milagrosos (Hechos 2:1-41). Actualmente, este festival es de gran importancia y trascendencia para los cristianos.

Dios tenía una razón para que tanto Israel como su Iglesia observaran estos festivales. Por medio de estas celebraciones, Dios revela los pasos de su plan de salvación para

la humanidad. Esta fiesta en particular, que celebraba los primeros frutos de la cosecha del trigo en el antiguo Israel (ver Deuteronomio 34:22), revela una de las etapas más significativas del plan de salvación de Dios.

Premisas populares, pero falsas

La mayoría de las iglesias actuales supone que el propósito original de Dios perseguía que toda la humanidad escuchara el mensaje de salvación inmediatamente después de que Jesucristo resucitara. La mayoría también cree que cada persona que escucha ese mensaje tiene, por lo tanto, la oportunidad de salvación ahora, en esta vida. La misión de los discípulos de Cristo, según se interpretó, consistía en llevar este mensaje a cada persona viva, para que tuviera la oportunidad de aceptar a Cristo antes de que fuera demasiado tarde.

Así, muchas iglesias creen que su misión es lograr que la mayor cantidad de gente posible acepte de inmediato a Cristo como su Salvador, sin importar la profundidad de su compromiso e interés en el tema.

Pero, ¿cuántas personas nunca han aceptado a Cristo, o nunca lo han aceptado sinceramente? ¿Y cuántos millones, a través de los siglos, ni siquiera han oído hablar de él?

Si la salvación es solo cuestión de aceptar a Cristo durante esta vida física, ¿cuál será el destino de las innumerables personas que vivieron y murieron antes de que Cristo naciera, quienes obviamente no tuvieron la oportunidad de aceptarlo como Salvador?

Frente a estas preguntas, ¿deberíamos concluir que el poder prometido por Jesús a sus discípulos simplemente nunca se concretó en la obra salvadora que él concibió? No, no podemos dudar del poder salvador de Jesucristo. En cambio, tal vez deberíamos examinar qué tan bien conocemos sus propósitos. Quizá Dios ha tenido en mente algo diferente desde el principio.

Cómo encaja esta fiesta en el plan de Dios

¿Qué tiene que ver la Fiesta de las Primicias con todas estas importantes preguntas?

El nombre *Fiesta de las Primicias* encierra un gran significado. Tal como lo dice su nombre, este festival indica que debe haber



Esta fiesta, que celebraba la cosecha de los primeros frutos, revela una de las fases principales del plan de salvación de Dios.



una cosecha inicial, *previa* a una cosecha *posterior*. Como veremos, este festival representa la intención de Dios de recolectar primero una pequeña cosecha de perso-

nas para la salvación (llamadas “primicias” en las Escrituras), y más tarde llamar a un número mucho mayor de personas para que sean salvas.

Podría decirse que Dios estableció un procedimiento sistemático para llevar a la gran mayoría de la humanidad a su luz y salvación: una cosecha inicial de primicias, y

¿Quiénes son “las primicias”?

Las primicias del plan de Dios son las personas que están siendo llamadas ahora, en este tiempo, y que gracias al Espíritu Santo que trabaja en ellas están experimentando una transformación de sus mentes y actitudes para llegar a ser como Jesucristo.

El apóstol Santiago nos dice que Dios “nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas [que él ha creado]” (Santiago 1:18).

Pablo entendía muy bien que aquellos que fueran llamados y convertidos en esta era, entre la creación del hombre y la segunda venida de Jesucristo, serían las primicias del plan de Dios para la salvación de la humanidad. Él se refirió específicamente a algunos cristianos del primer siglo como los primeros frutos del llamamiento de Dios (Romanos 16:5; 1 Corintios 16:15). Al contemplar la futura resurrección de los que permanezcan fieles a dicho llamado, dijo: “y los creyentes también gemimos —aunque tenemos al Espíritu de Dios en nosotros como una muestra anticipada de la gloria futura— porque anhelamos que nuestro cuerpo sea liberado del pecado y el sufrimiento. Nosotros también deseamos con una esperanza ferviente que llegue el día en que Dios nos dé todos nuestros derechos como sus hijos adoptivos [es decir, con plenos derechos de hijos], incluido el nuevo cuerpo que nos prometió” (Romanos 8:23, Nueva Traducción Viviente).

Sin embargo, las primicias del plan de Dios, es decir, aquellos que son llamados ahora, se encuentran en una situación muy distinta a la de quienes serán parte del posterior periodo de cosecha espiritual.

Jesús dijo que quienes son sus seguidores en la actualidad “no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17:16). Estas personas son llamadas a salir del mundo y a desarrollar el carácter de Cristo, mientras que el resto vive engañado (Apocalipsis 12:9) y sigue los principios falsos que Jesucristo aborrece (1 Juan 2:15-17).

El presente siglo malo

Las primicias —el pueblo de Dios— son llamadas y se esfuerzan por obedecer al Eterno mientras viven en este “presente siglo malo” (Gálatas 1:4), gobernado por Satanás (2 Corintios 4:4). La cosecha de los primeros frutos es pequeña, ya que son muy pocos los que en la actualidad aceptan el llamamiento de Dios, se arrepienten, se convierten y permanecen fieles a su forma de vida. Por esta razón, Jesús afirmó: “porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:14).

Después del regreso de Jesucristo, que marcará

el inicio de una nueva época, el mundo —la sociedad entera— aprenderá a vivir de acuerdo a la ley y los valores de Dios. En aquella era, el Todopoderoso atará a Satanás y no permitirá que engañe más a las naciones (Apoc. 20:2-3). Sin la influencia del diablo, el mundo por fin podrá conocer al Señor y también la verdadera paz (Hebreos 8:11).

Aquellos que no se conformen a este mundo (Romanos 12:2) serán los que ayudarán a Cristo a llevar la verdad de Dios a las naciones (Apoc. 20:4). Ellos habrán vencido al mundo, tal como Jesús lo hizo, y colaborarán con él para que todas las naciones sirvan a Dios (Apoc. 2:26; 3:21).

La dádiva del Espíritu Santo

Dios permite que su pueblo cumpla el propósito que tiene para ellos, pero ¿cómo lo hace?

De manera muy significativa, Dios escogió el día de Pentecostés para comenzar su Iglesia enviando el Espíritu Santo a sus pocos discípulos fieles (Hechos 1:15; 2:1-4). Muchos relacionan el concepto *iglesia* con un edificio, sin embargo, el vocablo griego que se tradujo como “iglesia” en el Nuevo Testamento proviene del término *ekklesia*, que significa “los llamados a salir”. Esta palabra griega era comúnmente usada para denotar una asamblea de personas, aquellas llamadas a convocarse. La Iglesia es el grupo humano llamado a salir del mundo para servir a Dios.

A los miembros que conforman su Iglesia, Dios les da el poder del Espíritu Santo para vencer al mundo. Es a través de este Espíritu que la Iglesia puede predicar el evangelio al mundo y hacer discípulos en todas las naciones (Marcos 16:15; Mateo 28:19-20). Gracias al Espíritu Santo, una persona puede pertenecer a Jesucristo y ser parte de su Iglesia (Romanos 8:9). Para que la Iglesia del Nuevo Testamento pudiera existir, Dios le envió su Santo Espíritu.

Las primicias del plan de Dios para la salvación son quienes han sido llamados a estar en la Iglesia durante esta época. La Iglesia, como “el cuerpo de Cristo” (1 Corintios 12:27), está conformada por personas en las que habita el Espíritu Santo. Ellas se han arrepentido de sus pecados y se han volcado a Jesucristo como su salvador personal; se han comprometido a obedecer sus santas y justas leyes y están dispuestas a dejarlo todo para permanecer fieles a Jesucristo (Lucas 14:33).

Las primicias siguen a Jesucristo

Apocalipsis 14:4 nos dice que los seguidores de Dios son “primicias para Dios y para el Cordero”. Los versículos anteriores y posteriores a éste entregan una descripción del carácter de quienes son las pri-

micias y de por qué acompañan a Jesucristo.

¿Por qué son tan valiosos para Dios? Se les describe como aquellos que tienen el nombre del Padre escrito en su frente (v. 1); Dios ocupa el primer lugar en sus mentes y pensamientos, y no han sucumbido ante cierto sistema religioso falso (Apoc. 14:4), el cual es simbolizado por una mujer inmoral que seduce a la humanidad (Apoc. 2:20-22; 17:1-6).

Las primicias han salido del mundo y han evitado el sistema político y religioso que lo domina (ver Apoc. 17:1-6). Cuando fueron llamados por Jesucristo, entendieron que debían apartarse de dicho sistema (ver Apoc. 18:3-4).

Las primicias, además, “siguen al Cordero por dondequiera que va” (Apoc. 14:4). Son fieles seguidores de Jesucristo y no dejan que nada destruya la lealtad personal que tienen hacia él. Debido a que colaborarán con Cristo en la enseñanza del camino de Dios al mundo, es vital que estas primicias sean siempre leales a nuestro Salvador.

En el mismo versículo leemos que “fueron redimidos de entre los hombres”. Dios pagó por ellos con la sangre preciosa de su Unigénito (1 Pedro 1:18-19). Habiendo sido comprados por el Todopoderoso, saben que sus vidas ahora le pertenecen a Jesucristo, a quien se han entregado por completo en cuerpo y en espíritu (ver Gálatas 2:20; 1 Corintios 6:20).

Además, “en sus bocas no fue hallada mentira” (Apoc. 14:5). Han aprendido cómo enfrentarse a la maldad tan común en los corazones de los hombres. No hay engaño, confabulación o fingimiento en sus palabras o acciones; han aprendido acerca de la autenticidad, sinceridad y simplicidad de Cristo. Han logrado, en suma, admitir el engaño de sus propios corazones y se han sometido por completo a la vida pura e inmaculada de Jesucristo morando en ellos. Después de haberseles perdonado sus pecados y de haber madurado como cristianos, “son sin mancha delante del trono de Dios” (v. 5).

La representación del plan de Dios

Este importantísimo paso en el plan de Dios para la salvación de la humanidad es revelado en la observación de los días santos. Y naturalmente, las primicias estarán observando el día que representa el llamamiento y cosecha de las primicias del plan de Dios: el Día de Pentecostés.

Ellos observarán con gratitud este día que celebra otro hito en este gran plan: la fundación de la Iglesia mediante el recibimiento del Espíritu Santo de Dios.

Vivimos en la época de las primicias, el tiempo durante el cual Dios está preparando un linaje escogido para reinar con Cristo en su Reino (1 Pedro 2:9). ¿Es usted parte de este grupo? Lo será si sigue el consejo del apóstol Pedro cuando nos exhorta en 2 Pedro 1:10 a “hacer firme vuestra vocación y elección”. **BN**

después una gran cosecha de seres humanos para llevarlos a todos a la salvación.

Notemos cuán asombrosa es esta verdad que simbolizan los festivales revelados por Dios. Él ha hecho coincidir sus fiestas con el ciclo agrícola de los dos períodos de cosecha más importantes en la Tierra Santa (uno en primavera y otro al final del verano), para enseñarle a su pueblo una importante lección.

La Fiesta de las Primicias coincidía con la cosecha del trigo durante la primavera en esa zona (Éxodo 34:22). El nombre griego de esta fiesta es *Pentecostés*, que significa “quincuagésimo”, es decir, “*día quincuagésimo*”, porque se celebraba 50 días a partir de la cosecha de la primera gavilla de grano. Este período de siete semanas dio origen a otro nombre para este mismo festival: la *Fiesta de las Semanas* (Deuteronomio 16:9-10).

En este día los israelitas ofrecían dos hogazas de pan hecho con la harina del grano de la nueva cosecha. Estos panes se llamaban “las primicias para el Eterno” (Levítico 23:16-17). La gente no debía hacer “ningún trabajo de siervos” en este día y debían reunirse en una santa convocación religiosa (Levítico 23:21). Era una ocasión muy importante.

Otro festival posterior durante el año, la *Fiesta de los Tabernáculos* o *de la Siega* (Éxodo 34:22), coincidía con la cosecha final, cuando se recolectaba otro tipo de productos como pepinos, melones, lentejas, garbanzos, nueces, y especialmente dátiles, higos, aceitunas y uvas. Este acontecimiento también encerraba gran significado, y se destacaba por las sagradas asambleas religiosas y días de reposo.

Estas dos fiestas representan etapas muy importantes en la cosecha espiritual de la humanidad para la salvación. La Fiesta de las Primicias simboliza el llamado y la preparación de la Iglesia en esta época, y la primera fase de la cosecha espiritual.

La última parte de la cosecha espiritual se llevará a cabo en un futuro próximo. La cosecha inicial de personas que Dios hace es la preparación para aquel tiempo venidero en que Jesucristo traerá su Reino a la Tierra.

Lo físico es figura de lo espiritual

El significado espiritual de la primera parte de la cosecha, representada por la Fiesta de las Primicias, se pone de manifiesto en las Escrituras. El apóstol Pablo escribió en 1 Corintios 15:20-23: “Mas ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, *primicias* de los que durmieron . . . Porque así como

en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: *Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida*” (énfasis nuestro en todo este artículo).

La ofrenda de la gavilla mecida, que comenzaba con la cosecha de cebada 50 días antes de Pentecostés, representaba a Jesucristo presentándose ante su Padre después de resucitar, como la primicia de los primeros frutos. Por lo tanto, la ofrenda de las primicias de la siega del trigo en Pentecostés (Levítico 23:17) era un símbolo de las demás primicias, según el orden en que Dios cosecharía la humanidad para la salvación, y posteriormente vendrían otras personas.

¿Pudo notar que en 1 Corintios 15 Pablo dice claramente que Dios resucitará a los muertos *en un orden específico*? Primero fue Jesucristo, quien resucitó como “primicias de los que durmieron”, seguido por los demás a su regreso.

Pablo dice que la resurrección de los santos al regreso de Cristo, cuando recibirán cuerpos espirituales inmortales (1 Corintios 15:44, 53), se llevará a cabo “a la final trompeta” (1 Corintios 15:52), es decir, junto con el poderoso y sobrenatural sonido que anunciará el regreso de Jesucristo para gobernar la Tierra (Apocalipsis 11:15).

En ese momento, Dios resucitará a los muertos que hayan sido fieles a Cristo y transformará en hijos inmortales suyos a aquellos que aún estén vivos y que también hayan sido fieles (1 Tesalonicenses 4:16-17).

Este milagroso acontecimiento se describe como “la *primera* resurrección” en Apocalipsis 20:6: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”.

El mundo bajo el gobierno de Cristo

Durante el reinado de Jesucristo y los santos resucitados sobre la Tierra (Apocalipsis 5:10) comenzará la cosecha posterior de seres humanos para la salvación. El conocimiento de Dios por fin estará ampliamente disponible: “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Habacuc 2:14). Todas las personas experimentarán por sí mismas el maravilloso Reino de Dios que Jesucristo proclamó durante su ministerio terrenal (Mateo 4:17; Marcos 1:14; Lucas 4:43).

Isaías 2:2-3 describe el inicio de este período de la última y gran cosecha: “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será

confirmado el monte de la casa del Eterno como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno”.

La humanidad tendrá por fin la oportunidad de aprender y vivir de acuerdo al camino de vida de Dios: “Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Eterno; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Eterno; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34).

Pero ¿qué sucederá con aquellos que han vivido y muerto en el pasado y que nunca supieron nada de Dios el Padre y de Jesucristo? Apocalipsis 20:6, citado anteriormente, muestra que los santos fieles de Dios estarán “en la primera resurrección”. Pero si hay una *primera* resurrección, ¿debe haber una *segunda*!

Y de hecho la habrá. El libro de Apocalipsis afirma claramente que habrá *otra* resurrección. Después del reinado de mil años de Jesucristo y sus seguidores, quienes habrán sido resucitados previamente, “los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5).

Así continúa la segunda parte de la gran cosecha de Dios para la salvación de la humanidad. En ese momento, todos los que alguna vez hayan vivido, pero que no tuvieron la oportunidad de aprender los caminos de Dios o de escuchar sobre el sacrificio expiatorio de Jesucristo, disfrutarán de su oportunidad de salvación.

Esta resurrección de incontables millones de personas a una vida percedera y física se describe en Ezequiel 37:1-11, Mateo 12:41-42, Apocalipsis 20:5 y Apocalipsis 20:13. Estas personas tendrán la oportunidad, por primera vez, de arrepentirse y convertirse gracias al Espíritu Santo de Dios (Hechos 2:38; 3:19). En aquel momento, ellos también heredarán la vida eterna.

Vemos en este maravilloso plan el cumplimiento del deseo de Dios para que “todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4).

Dios no quiere “que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9), y por medio de su plan todos los que nunca han tenido la oportunidad real de salvación en este tiempo ¡por fin podrán ser salvos! **BN**

Lecciones de las parábolas

“Bien hecho, siervo bueno y fiel”

Jesús se valió de dos parábolas, la de las minas y la de los talentos, para enseñarnos lecciones fundamentales sobre lo que él espera que hagamos con lo que se nos ha entregado. *Por Darris McNeely*

Estoy escribiendo este artículo en la primera semana de enero, al comienzo de un nuevo año del calendario occidental, cuando muchas personas deciden hacer un inventario de sus vidas y se proponen mejorar en el manejo de sus prioridades, planes y bienes físicos en el transcurso del año siguiente. Sin embargo, cada día es un buen momento para tomar inventario de nuestra vida y preguntarnos qué tanto estamos produciendo con lo que se nos ha dado.

Un día será Dios quien nos haga dicha pregunta. ¡Más vale que tengamos una buena respuesta!

Las resoluciones que transforman la vida pueden comenzar cualquier día del año. Todos hemos oído el dicho “Hoy es el primer día del resto de tu vida”, y la verdad es que este dicho, a pesar de ser tan trillado y excesivamente utilizado, es muy cierto. ¡Gracias a Dios, cada día tenemos la oportunidad de comenzar de nuevo, aprender una lección y levantarnos nuevamente!

Pero, ¿qué tiene esto que ver con las parábolas de Jesucristo?

La verdad es que mucho. Podemos ver esto en dos parábolas fundamentales que él nos entregó como instrucción para que examinemos la forma en que administramos la vida tanto física como espiritual que se nos ha dado.

En estas dos parábolas se nos revela la clave para comprender el verdadero propósito de llevar una vida en Cristo: estamos aquí a fin de prepararnos para la vida en una era venidera. Debemos comenzar cada día con este entendimiento, y es aquí donde se aplican estas dos importantes parábolas.

La parábola de las minas

A medida que Jesús se acercaba a Jerusalén pocos días antes de su muerte, se dio cuenta de que las multitudes estaban esperando la inminente aparición del prometido

Reino de Dios. Jesús sabía que esto no ocurriría durante aquel tiempo, así que a fin de preparar a sus seguidores en ese entonces y a los que vendrían después les relató la parábola de un hombre noble que viajó muy lejos “para recibir un reino y volver”. En esta historia, Cristo es el hombre noble y el “reino” es el Reino de Dios que él presidirá a su regreso a la Tierra.

Encontramos esta parábola de las minas en Lucas 19:11-27, la cual es muy similar a otra que fue registrada en Mateo 25:14-30 y que usa como ilustración talentos en vez de minas. Pero en ambos casos los relatos se refieren a siervos a quienes se les dio una suma de dinero, por la cual tuvieron que rendir cuentas cuando su amo (Jesús) regresó.

En el relato de Lucas a cada uno de los diez siervos se le dio una mina, y en Mateo se les dio a tres siervos cinco, dos y un talento respectivamente.

Ambos términos, *minas* y *talentos*, se refieren a sumas substanciales de dinero en la cultura de ese entonces. La enseñanza implícita en estas parábolas es que Dios nos da algo de considerable valor y espera que administremos bien su dádiva y la hagamos producir fruto. Y esta es la lección más importante: en estas dos parábolas Cristo habla de dinero, pero realmente está

En estas dos parábolas se nos revela la clave para comprender el verdadero propósito de llevar una vida en Cristo.

hablando de algo mucho más importante — de los elementos del carácter espiritual.

El dinero, ya sean talentos o minas, es solo un vehículo que él usa para enseñarnos una lección mucho más importante. A fin de cuentas, Cristo está más interesado en lo que hacemos con nuestras “minas” y “talentos” espirituales que cualquier otra cosa.

Estas parábolas revelan que esta vida física sirve como preparación, como un

campo de entrenamiento para algo mucho más grandioso que esta vida. El propósito de nuestra vida actual es prepararnos para nuestro rol en el venidero Reino de Dios. La forma en que vivimos y utilizamos esos talentos y minas — las facultades, aptitudes, habilidades, medios y oportunidades que se nos dan — es un aspecto sumamente importante en nuestra vida.

Cómo decidir qué es necesario y qué no lo es

Algunos bienes físicos son necesarios para nuestro bienestar, mientras que otros no lo son — pero frecuentemente consumen nuestro dinero y nuestro tiempo. Es particularmente importante poder distinguir entre lo que es necesario y aquello que no lo es.

Cuando leemos estas dos parábolas, debemos ponernos en el lugar de alguien que ha recibido algo de Dios para que lo preserve, lo promueva y lo haga crecer.

Esta parece ser la esencia de estas dos parábolas. Se nos da una vida en esta Tierra con un cierto número de años para vivirla y algunos nacen con más ventajas que otros. Ciertas personas comienzan con muy poco, pero utilizan bien sus recursos y acumulan grandes riquezas y logros. Otras, que comienzan con grandes riquezas y posesiones, las malgastan y frecuentemente pierden todo de manera lamentable y trágica. Y muchos otros forman parte de la clase media de la vida y se les ha dado un comienzo mejor que al promedio.

Pero lo importante es cómo terminaremos. Lo que hacemos en el camino determinará

nuestro final, y gran parte de la vida consiste en aprender a hacer lo mejor con lo que se nos ha dado. Al leer estas dos parábolas aprendemos que podemos tener una buena vida, desarrollar talentos y alcanzar logros significativos.

Una lección clave que extraemos de estas parábolas es que Dios espera que saquemos grandes ganancias en nuestras vidas. Analicemos el procedimiento descrito en ambos



La parábola de Jesucristo acerca de las minas y los talentos demuestran que él quiere que produzcamos fruto con lo que nos ha dado, y que nos pedirá cuentas por ello.

relatos: en Lucas 19 dice que un hombre noble se fue a un país lejano, “y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas [una a cada uno] y les dijo: Negociad entre tanto que vengo” (v. 13).

En el versículo 15 el relato da un salto al futuro, cuando el hombre noble regresa y se efectúa la contabilidad de los fondos repartidos “para saber lo que había negociado cada uno”. Se cuenta el caso de tres hombres: uno había ganado diez veces lo que se le había dado, y otro, cinco veces. Ellos dos fueron siervos diligentes que tomaron lo que se les dio, trabajaron duro y sacaron utilidades de ello. Su recompensa es descrita como el liderazgo sobre ciudades en una era futura.

Sin embargo, el tercer siervo había tomado su mina, la había escondido en un pañuelo, y no había hecho nada con ella. Él expresó su temor hacia el hombre noble y le dijo que lo consideraba un hombre de negocios frío e inflexible, que se beneficiaba del trabajo de otros. Al final, la única mina que se le había dado a este siervo que no produjo ganancias le fue quitada, y se le dio al aquél que había producido más gracias a su esfuerzo.

La moraleja de este relato es que a todos se nos ha dado algo en la vida, y se espera que produzcamos dividendos. Al siervo negligente se le quitó la mina que había escondido. Él había optado por no usar lo que se le había dado, y a eso se refiere el versículo 26 cuando dice que “al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará”.

En el juicio seremos evaluados por lo que hayamos hecho con lo que se nos ha dado en nuestra vida. La lección principal que podemos extraer de aquí es que a todos se

nos ha dado un obsequio: la vida misma. Si estamos vivos y podemos leer estas palabras y llegamos a entender su significado, tenemos esperanza. Dios, quien nos ha dado la vida, no solo espera crecimiento, sino que además nos ofrece su ayuda para que este crecimiento se lleve a cabo. ¡Y su obra en nosotros aún no ha terminado!

La parábola de los talentos

Cuando leemos la parábola de los talentos en Mateo 25 vemos un relato similar, según el cual un hombre rico entrega “bienes” a sus siervos antes de viajar a una tierra lejana. A uno le da cinco talentos, a otro dos, y a otro uno. A su regreso él se entera de que quienes habían recibido cinco y dos talentos, respectivamente, habían duplicado su dinero, pero aquél que había recibido uno solo había hecho un hoyo en la tierra y lo había escondido, sin ganar nada.

Como vemos nuevamente, la recompensa que reciben quienes duplicaron sus talentos es el elogio de su amo y una posición de responsabilidad “sobre mucho”. Son escoltados al maravilloso futuro que su amo ha preparado para ellos. La frase clave de elogio que el amo usa aquí es: “Bien, buen siervo y fiel. Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (v. 23).

¿Y qué le sucedió a aquél que no hizo nada? Se le quitó su talento y se le dio a otro, y se le dijo algo semejante a lo que vimos anteriormente: “Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” (v. 29).

Todos nosotros empezamos con “algo”. Todos tenemos un pequeño capital para invertir y debemos usarlo y desarrollarlo, o perderemos incluso aquello con lo que comenzamos. El camino al éxito comienza con el entendimiento de que debemos progresar.

Y esto nos lleva de vuelta a la pregunta de cómo estamos progresando con lo que se nos ha dado. La vida es un asunto muy serio, porque caminamos sobre esta Tierra como seres vivos creados según la imagen de Dios. Esta vida es un campo de preparación y entrenamiento para una vida muy diferente en una era que está por venir. Una vez que comprendemos esto, Dios espera que actuemos consecuentemente y vivamos cada día con esa meta y propósito en mente.

¿Qué debemos aprender?

Las dos parábolas que hemos cubierto, estos relatos que Cristo entregó para enseñar verdades espirituales eternas, son cimientos sobre los cuales podemos construir una vida con significado y propósito. Dios le ha dado

a usted al menos un “talento” o una “mina” —el obsequio de la vida. Usted también tiene talentos y habilidades y maneras de usarlos para crear y desarrollar una vida productiva de servicio a Aquél que le ha dado todo, incluyendo la vida misma.

Cristo es el hombre noble que está en una tierra lejana recibiendo un reino. Él regresará y habrá un día de rendición de cuentas y de juicio. Sé muy bien que no nos gusta oír acerca de un “juicio”; nuestras mentes modernas no están condicionadas para pensar que Dios conoce nuestras acciones y pensamientos y que un día deberemos comparecer ante a él para rendirle cuentas.

Pero lo que está contenido en estas parábolas son buenas noticias. Tanto “los talentos” como “las minas” son símbolos de todo lo que Dios nos da y que puede ser utilizado para su propósito en nuestra vida, siempre que permitamos que él nos dé forma y nos dirija a fin de llegar a ser algo útil para su gloria y su Reino.

Uno de los aspectos instructivos de estas parábolas es que Dios les da a sus siervos “talentos” espirituales —facultades, talentos y habilidades— para ayudarlos a vivir esta vida en preparación de la era que viene. Esto se lleva a cabo mediante el Espíritu Santo, el cual Dios otorga a quienes le obedecen (Hechos 5:32).

Este Espíritu es un poder transformador que convierte nuestra vida en algo significativo y nos permite cambiar y llegar a ser como Dios desea. Las resoluciones que tomamos de cambiar un hábito para convertirnos en mejores personas demuestran que el motivo es correcto; sin embargo, la clave consiste en encontrar el método o plan adecuado. Dios nos entrega su plan en la Biblia, la herramienta correcta para alcanzar un cambio duradero en nuestras vidas.

Entonces, ¿cómo está usted progresando?

Medite cuidadosamente en las lecciones de las parábolas de las minas y los talentos. Dios lo ha bendecido con una vida para servirle y, a través de las páginas de las Escrituras, con un entendimiento invaluable de grandes verdades eternas. Y él ofrece mucho más si es que usted está dispuesto a poner en práctica lo que aprende.

Decídase hoy a usar su vida como Dios quiso que fuese: un período de preparación, un campo de entrenamiento para el Reino venidero de Dios. ¡Enfóquese en los aspectos espirituales de una vida que puede ser exitosa tanto en este tiempo presente como en el glorioso futuro que Dios tiene preparado para usted! **BN**



Noé: El resto de la historia

La reciente película *Noé* presenta una perspectiva horrenda y distorsionada acerca de uno de los grandes héroes de la fe. ¿Cuál es la verdadera historia de Noé, que tal vez usted nunca haya oído o contemplado? **Por Mario Seiglie**

Años atrás, Paul Harvey, un famoso comentarista de radio en los Estados Unidos, concluía sus charlas con las palabras “Ahora usted ya sabe el resto de la historia” después de mostrar una faceta no muy conocida de alguna persona célebre o evento histórico.

Últimamente, la película *Noé* ha acaparado las noticias. Este largometraje fue dirigido por un director famoso y tiene actores muy populares y suficiente drama como para atraer a muchos espectadores a las salas de cine. Los estudios cinematográficos invirtieron millones con la esperanza de que la película se convirtiera en un gran éxito.

Pero las críticas en cuanto a su veracidad bíblica han sido muy negativas. Es más, el relato bíblico ha sido burdamente distorsionado y convertido en un melodrama hollywoodense. Se le han añadido muchas partes ficticias, especialmente las numerosas escenas con criaturas mitológicas en forma de roca (supuestamente ángeles caídos), quienes son los que realmente construyen el arca (con madera de un bosque que crece instantáneamente de manera milagrosa), y salvan a Noé de un pequeño ejército que intenta capturar el arca. Para distorsionar aún más el relato, Noé es representado como un hombre iracundo, atormentado y sanguinario, lo que contradice completamente la descripción que de él se encuentra en la Biblia: un hombre justo y dedicado a Dios.

Quizás el único valor rescatable de la película sea el paralelo entre los tiempos de Noé y nuestra era actual, que ojalá las personas capten para que despierten de su apatía espiritual, se vuelvan a Dios y comiencen a leer el relato bíblico y el resto de la Biblia por sí mismos.

La película *Noé* pasará de moda, pero lo verdaderamente importante es lo siguiente: ¿qué tiene que ver Noé con nosotros? Sorprendentemente, Noé y su historia pueden enseñarnos mucho. Veamos siete hechos poco conocidos acerca de Noé ¡que pueden cambiar nuestra vida para siempre!

1. Noé “caminó con Dios”

¿Qué quiere decir la Biblia cuando afirma

que Noé “caminó con Dios”? (Génesis 6:19). En realidad, la Biblia menciona a varios hombres justos que “caminaron con Dios”. El primero de esta lista es Enoc (Génesis 5:22). A continuación se describe a Abraham e Isaac en los mismos términos (Génesis 48:15).

Más adelante se afirma que David también caminó con Dios, y se nos da información adicional de lo que esto realmente significa. La Biblia registra a Salomón, el hijo de David, diciéndole a Dios: “Tú hiciste gran misericordia a tu siervo David mi padre, *porque él anduvo delante de ti en verdad, en justicia, y con rectitud de corazón para contigo*” (1 Reyes 3:6, énfasis nuestro en todo este artículo).

Finalmente se nos habla de los padres de Juan el Bautista, Zacarías y Elisabet, quienes “eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Lucas 1:6).

Por lo tanto, “caminar con Dios” significa tener una relación diaria y de por vida con él, obedeciendo sus mandamientos y siguiendo su camino de vida.

Lamentablemente, la película *Noé* no menciona en lo absoluto que Noé tuvo una relación muy estrecha y de por vida con Dios. En la película él solo recibe señales vagas acerca de lo que Dios quiere. Sin embargo, éste es uno de los puntos claves del relato completo de Noé y de por qué Dios lo salvó a él y a su familia del diluvio.

Así, la primera lección que podemos aprender es: ¿estamos caminando con Dios? Los mandamientos de Dios están todavía vigentes para ser guardados, y junto con la gracia de Dios, la misma que Noé recibió (Génesis 6:8), pueden ayudar a establecer una relación de por vida con el Creador, que traerá muchas bendiciones por varias generaciones a aquellos que lo aman (Éxodo 20:6).

2. Noé predicó el camino de vida de Dios

Otro hecho poco conocido acerca de Noé es el que *él era un predicador de justicia*. La Biblia nos dice que Dios “no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, *pregonero de justicia*, con otras siete personas, trayendo el diluvio sobre el mundo de los impíos” (2

Pedro 2:5).

¿Cuál es la definición bíblica de “justicia”? Se encuentra en Salmos 119:172, donde el salmista ora a Dios con estas palabras: “*Porque todos tus mandamientos son justicia*”.

Noé no era un simple observador silencioso de la sociedad que se desmoronaba moralmente a su alrededor. Por el contrario, él proclamó fielmente el camino de vida de Dios pero, tristemente, nadie prestó atención a sus palabras y advertencias. Eventualmente las cosas empeoraron al punto que “vio el Eterno que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo *solamente el mal*” (Génesis 6:5).

Tal como una manzana podrida pudre todo el barril, la sociedad se había corrompido al punto de que no quedaban manzanas sanas — excepto Noé y su familia. Lamentablemente, la sociedad actual está volviendo a las mismas condiciones inmorales que existían en el tiempo de Noé, tal como Jesucristo predijo que ocurriría (Mateo 24:37).

La segunda lección que debemos aprender es: ¿estamos escuchando a los sucesores de Noé hoy en día? Los mensajeros — ministros de Dios que enseñan y proclaman la necesidad de justicia bíblica tal como Noé lo hizo — declaran el mensaje de Dios de guardar todos los mandamientos, de cómo aprender a usar la gracia de Dios apropiadamente y prepararnos para el Reino venidero de Dios.

3. Noé era de mediana edad cuando llegó el diluvio

La mayoría de las películas acerca de Noé lo muestran como un anciano mientras prepara el arca, pero la Biblia no lo describe de esta manera. De hecho, Noé vivió 350 años más después del diluvio (Génesis 9:28). La gente vivía mucho más tiempo antes del diluvio, y Noé vivió hasta los 950 años (Génesis 9:29). De hecho, él estaba iniciando su edad madura cuando empezó a construir el arca, y aún tenía un tercio de su vida por delante. Al respecto, una de las pocas cosas que la película *Noé* hace más o menos correctamente es mostrarlo como un hombre fuerte y vigoroso, y no como un anciano.

La lección que aprendemos de esto es verificar cuidadosamente lo que leemos o vemos con lo que la Biblia realmente dice. Como Pablo dijo, “Examinadlo todo, retened lo bueno” (1 Tesalonicenses 5:21).

4. Noé observó el calendario de Dios y el día sábado

Otro hecho prácticamente desconocido acerca de Noé es que él guardó el día sábado y el calendario bíblico. La Biblia dice que él “camionó” conforme a las leyes y la voluntad de Dios.

En Génesis 2:3 leemos que Dios estableció el sábado para Adán y Eva inmediatamente después de crearlos y dispuso el ciclo semanal de siete días, el séptimo de los cuales sería el día de reposo. También deberían llevar la cuenta de los meses y los años de acuerdo a los ciclos de la luna y el sol.

En Génesis 1:14 leemos: “Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años”. La palabra traducida como “estaciones” aquí significa “días señalados” y se usa en Levítico 23 para referirse a los festivales de Dios. Otras versiones bíblicas, como Palabra de Dios Para Todos, traducen Génesis 1:14 como “los días, los años y las festividades”.

En el libro de Génesis (y a través de toda la Biblia) vemos que las personas fieles a Dios observaron la semana de siete días que fue revelada desde el tiempo de Adán y Eva.

Note lo que se dice de Noé en Génesis 8:10-13: “Esperó aún otros siete días, y volvió a enviar la paloma fuera del arca. Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra. Y esperó aún otros siete días, y envió la paloma, la cual no volvió ya más a él. Y sucedió que en el año seiscientos uno de Noé, en el mes primero, el día primero del mes, las aguas se secaron sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca, y miró, y he aquí que la faz de la tierra estaba seca”.

The Keil and Delitzsch Commentary on the Old Testament [Comentario sobre el Nuevo Testamento de Keil y Delitzsch] dice acerca de Génesis 8: “Los siete días constituían la semana establecida en la creación, y Dios se apejó a ella al planificar su entrada al arca (Génesis 7:4, 10)”. Este pasaje también muestra claramente que Noé entendía muy bien los años, meses, semanas y días, y que llevó una cuenta minuciosa del tiempo mientras se encontraba con su familia dentro del arca.

La lección que debemos aprender aquí es ésta: ¿estamos guardando el día sábado de semana en semana, como Noé indudablemente lo hizo?

5. Noé observó las leyes alimenticias bíblicas

Y hay todavía otro asombroso descubrimiento: Noé guardó las leyes alimenticias estipuladas en la Biblia. En realidad, la idea

de que en el arca había solamente una pareja de animales de cada especie, es falsa. Como veremos en la Biblia, los animales primero fueron divididos entre criaturas “limpias” y “no limpias”, y al arca entraron *siete pares* de animales limpios pero solo *un par de animales no limpios*.

Usted puede leer el relato por sí mismo: “De todo animal limpio tomarás siete parejas, macho y su hembra; mas de los animales que *no son limpios, una pareja*, el macho y su hembra. También de las aves de los cielos, *siete parejas*, macho y hembra, para conservar viva la especie sobre la faz de la tierra” (Génesis 7:2-3).

Muchas traducciones bíblicas reconocen que en el hebreo original esto se refiere a siete parejas de animales “limpios”, es decir, aquellos apropiados para consumo humano según Dios lo diseñó, y solamente una pareja de animales “no limpios”, o sea, aquellos que Dios declaró como no aptos para la alimentación del hombre. ¿A qué se debió esta diferencia?

Es muy probable que Noé y su familia necesitaran una gran cantidad de animales después del diluvio para que éstos procrearan, sirvieran de alimento y también para sacrificios. Además, los animales limpios son presa fácil de los depredadores, por lo cual un número mayor de animales limpios aseguraría la supervivencia de ambos.

Comoquiera que sea, es obvio que Noé sabía cuáles animales eran limpios y cuáles no lo eran y entendía muy bien que no debían consumir los animales inmundos, ya que de ellos solo había una pareja para preservar sus especies.

La lección que rescatamos es ésta: ¿está usted dispuesto a seguir el ejemplo de Noé y a guardar las leyes alimenticias bíblicas? En realidad, a través de la Biblia no se puede encontrar ningún ejemplo de algún hombre o mujer de Dios que haya comido animales inmundos.

6. Noé y su familia eran una minúscula minoría que obedecía a Dios en medio de una sociedad corrupta

Como muestra la historia, algunas veces la mayoría se equivoca, y esto también se aplicó a los días de Noé. De todos aquellos que siguieron sus diferentes religiones, solo Noé y su familia tenían la razón.

Hubiera sido muy fácil para ellos desanimarse; después de todo, la única “Iglesia” verdadera en aquel tiempo se componía de la familia de Noé, y gracias a su fe y fidelidad estamos vivos hoy — y todos somos sus descendientes a través de sus hijos y nueras.

Como Hebreos 11 tan acertadamente afirma, “Por la fe, Noé recibió una advertencia de Dios

sobre algo que aún no se podía comprobar. Respetó la advertencia de Dios y construyó un barco muy grande para salvar a su familia. Con su fe, Noé demostró que el mundo estaba equivocado, y así recibió *las bendiciones del que agrada a Dios*” (v. 7, Palabra de Dios Para Todos).

La lección que debemos aprender aquí es ésta: ¿estamos buscando la Iglesia verdadera de Dios, compuesta de una minoría que se esfuerza diligentemente por obedecer a Dios en un mundo que se aleja cada vez más de él? Usted puede encontrar esa Iglesia examinando sus enseñanzas, que deben conformarse a la Palabra de Dios.

7. Noé dejó un ejemplo para los tiempos del fin

Finalmente, y tal vez esto sea lo más importante para nosotros, vivimos en una sociedad que rápidamente se está asemejando a la de los tiempos de Noé, especialmente en dos aspectos:

Primero, la sociedad de Noé estaba colmada de abyecta violencia y un desprecio creciente por la vida humana. Como dice la Escritura, “Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra” (Génesis 6:11-13).

En la actualidad, prácticamente ningún lugar de la Tierra está exento de violencia. Cerramos muy bien nuestras puertas y nos damos cuenta de que el respeto y la seguridad prevalecientes hace una o dos generaciones atrás ya no existen. En todo el mundo las cárceles están repletas de criminales y, para empeorar las cosas, muchos de ellos son liberados a fin de hacer espacio para nuevos delincuentes, por lo cual siguen vagando por las calles.

El crimen está absolutamente fuera de control, y con el aumento del tráfico de drogas, más que nunca crece la amenaza en contra de la vida humana. Las naciones están armadas hasta los dientes, y ya tuvimos dos guerras mundiales en el siglo recién pasado. Nadie se atreve a imaginar lo que sería una III Guerra Mundial, considerando las armas de aniquilación masiva tan sofisticadas que más y más naciones están adquiriendo.

Jesucristo profetizó que habría un paralelo entre el tiempo de Noé y el tiempo del fin, y dijo: “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos.

Continúa en la página 23

¿Cómo experimentar el poder que lleva a la transformación?

Dios revela cómo encontrar el ingrediente que falta para poder transformar nuestras vidas. ¿Está listo para darle cabida? *Por Mike y Jamie Snyder*

Promueve acontecimientos que cambian al mundo. Convierte la derrota segura en alegre victoria. Nos vigoriza con poder en el momento menos esperado. Conforta a quienes han perdido la esperanza y cuyo odio hacia sí mismos los consume, e inexplicablemente los colma de nueva vitalidad y fortaleza duradera. *Nunca* falla.

Esta compleja (pero espiritualmente necesaria) característica de Dios se conoce en el lenguaje español mediante una palabra de cuatro letras: *amor*.

Todos nosotros, desde el más humilde hasta el más poderoso, queremos y necesitamos más de él. ¡Nunca tenemos suficiente! Frecuentemente es la única diferencia entre una relación trágica y un vínculo exitoso entre mentes y objetivos. Nos permite perdonar e incluso orar por aquellos que nos hacen daño. Un matrimonio exitoso y una familia feliz no pueden existir sin él.

Representa *la esencia misma* del Dios Todopoderoso, porque tal como la Biblia revela, Dios es amor (1 Juan 4:8, 16). Notablemente, el amor a Dios, manifestado en forma de adoración personal, admiración e imitación, personifica el primer y más grande mandamiento que Jesucristo nos dio a cada uno de nosotros (Mateo 22:37-38).

Lejos de ser un sentimiento almibarado, el amor frecuentemente posee las características del acero. Nos da fortaleza y consuelo, lo que conduce directamente a esa paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7).

El amor incondicional refleja a un Dios de amor

El amor —ese poder inexplicable que hace la diferencia y transforma vidas— ha sido el tema de miles y millones de canciones, poemas y narraciones. Las personas que están llenas de amor, particularmente del amor que proviene de Dios y de Jesucristo, se destacan. Atraen a otras personas, y queremos estar alrededor de ellas.

Al leer la Biblia, la Palabra inspirada de Dios, puede que nos sorprenda descubrir que

si bien Dios nos entrega su amor en abundancia, él espera que éste fluya *a través* de nosotros; debemos amarnos unos a otros con una capacidad tan profunda, que parece imposible.

El amor, ese interés incondicional que se produce cuando ponemos las necesidades de otros por sobre las nuestras, es descrito como el “fruto” principal de la presencia en nosotros del Espíritu Santo de Dios (Gálatas 5:22). Tal como el apóstol Pablo nos dice, si no tenemos amor espiritual verdadero somos como metal que resuena, reservorios de conocimiento sin valor y profecías vanas (1 Corintios 13). Sin amor, dice Pablo, no somos “*nada*” (v. 2, énfasis nuestro en todo este artículo).

Dios mismo establece los estándares de lo que es el amor incondicional y que nunca falla. Como leemos, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Este versículo es tan común dentro de los círculos cristianos, que es fácil pasar por alto su profundo significado.

Los lectores de *Las Buenas Noticias* que son padres y madres pueden entender la magnitud del sacrificio que Dios hizo. Increíblemente, Dios permitió que algunos miembros de su creación torturaran y eventualmente ejecutaran a su único Hijo, todo para que pudiésemos ser reconciliados y tener una relación directa con él, aun sin merecerlo. Un amor de tal magnitud, que hace posible el obsequio inmerecido de la vida eterna, representa la forma más sublime de amor que la humanidad haya conocido.

Poderosos recordatorios del amor de Dios

Irónicamente, gracias a este supremo sacrificio la humanidad puede recibir no solo amor, sino además ¡la increíble capacidad de amar a otros! ¿Cómo se obtiene esa capacidad? ¿Cómo aprendemos a amarnos los unos a los otros?

Hay un hecho que tal vez usted nunca antes haya considerado: ¡las fiestas bíblicas anuales de Dios son asambleas saturadas del

infalible amor de Dios por la humanidad!

¿Cómo pueden estos antiguos festivales encerrar el profundo significado del poder transformador y del amor que Dios tiene por nosotros en la actualidad? Lo invitamos a reflexionar sobre estos notables hechos:

Los autores del Nuevo Testamento claramente demostraron cómo Jesús se convirtió en el supremo cordero pascual (el sacrificio expiatorio definitivo y único por todos los pecados de la humanidad) en el día de la Pascua, poco antes del comienzo de los Días de los Panes sin Levadura. Pablo les dijo a los cristianos en el puerto de Corinto, en Grecia, que “nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por *nosotros*” (1 Corintios 5:7).

Al momento de la muerte de Jesús, cuando él cumplió su rol como nuestra Pascua —el máximo sacrificio por el pecado— los pesados y elegantes velos del templo de Jerusalén se rasgaron de arriba abajo (Mateo 27:50-51). Los sacerdotes que fueron testigos de aquel impresionante y sobrecogedor momento debieron haber quedado tremendamente impactados. En el lugar donde antes colgaba el elaborado e impenetrable velo, ahora podían ver directamente el Lugar Santísimo, sala a la cual anteriormente solo el sumo sacerdote podía entrar una vez al año (Levítico 16:1-2). Ahora, tal como pasó a significar el velo rasgado, ¡se podía tener acceso directo a Dios!

De hecho, el plan mismo de Dios para la humanidad —bosquejado en todos sus detalles mediante las fiestas anuales y días santos— avanzaba vigorosamente en ese preciso momento. Jesús, el Mesías de Israel que había sido profetizado, se convirtió en ese instante en “sumo sacerdote de los bienes venideros . . . no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención . . .

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió *a través del velo*, esto es, de su carne . . . acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe” (Hebreos 9:11-12; 10:19-20).

¡Ahora, después de la milagrosa resu-

recección de Jesús después de tres días y tres noches, podía comenzar la verdadera obra!

Poco antes de ser cruelmente torturado y sometido a un juicio falso para ser posteriormente ejecutado, Jesús le entregó a cada cristiano un mandamiento casi imposible de obedecer. De hecho, el cumplimiento de este mandamiento sería la señal de identificación de sus discípulos. ¿Cuál era?

Aunque Jesús previamente había validado el poder y la autoridad de la ley de amor de Dios según se resume en los dos grandes mandamientos y en los Diez Mandamientos (Mateo 5:17; 19:17-19; 22:37-40), aquí el mostró que el estándar para los cristianos sería su propio ejemplo, y que éste debería ser practicado entre sus seguidores: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si *tuviereis amor los unos con los otros*” (Juan 13:34-35).

¿Podemos comprender esto? Vemos cómo, a medida que el reloj marcaba el inminente cumplimiento de una serie de eventos proféticos, todos los cuales involucrarían dolor físico y franca agonía, ¡Jesús instruía a sus discípulos para que demostraran muy abiertamente amor divino, *espiritual e incondicional!*

El sacrificio de Jesucristo fue tan importante, tan poderoso y tan crítico para nuestra salvación personal, que Dios estableció su conmemoración en primer lugar en la serie de celebraciones bíblicas anuales, y él espera que todos las comprendan y participen de ellas. El sacrificio de Jesús fue la máxima expresión de amor, tal como les dijo a sus discípulos: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13). Por lo tanto, la Pascua cristiana está saturada y *rebosante* del amor que Dios tiene por cada uno de nosotros.

Cómo renovar nuestra capacidad de amar

Cada año, después de reconocer a Jesús como nuestra Pascua y acercarnos a la fiesta que le sigue, la de los Panes sin Levadura, nuevamente renovamos nuestra capacidad de amar espiritualmente. Hacemos esto mediante el reconocimiento de ciertos problemas de nuestro carácter espiritual que llevan al pecado, los que impiden nuestra preciada relación con Dios. Como Pablo les instruyó a los cristianos en Corinto, “Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8).

¿Por qué usa Dios pan ácimo —esto quiere decir, sin agentes que inflen la masa, como

la levadura— como un símbolo espiritual de transformación, y nos exige que lo comamos durante este período de siete días?

Las fiestas bíblicas anuales y los días santos son *incómodos*. Requieren que hagamos un alto en nuestra rutina diaria y que consideremos cómo estamos en cuanto a nuestra relación con Dios el Padre y Jesucristo.

La Biblia indica cómo los cristianos deben prepararse con anticipación para la Fiesta de los Panes sin Levadura, eliminando todos los productos leudados de sus viviendas.

¿Por qué? Porque en el curso de esos días la levadura representa el pecado y la vanidad, una actitud “inflada” que no proviene de Dios y que nos hace pensar que estamos bien como estamos y que no lo necesitamos (vv. 2, 6). Pablo explicó que “El conocimiento envanece, mientras que el amor edifica” (1 Corintios 8:1, Nueva Versión Internacional). Y, como vimos anteriormente, podemos tener todo el conocimiento, pero si no tenemos amor (el amor incondicional e infalible que proviene de Dios), no somos nada.

De esta manera, al sacar la levadura de nuestros hogares, nos volvemos más conscientes de nuestra capacidad infinita de pecar y autoengañarnos. Mientras quitamos la levadura, podemos meditar sobre lo fácil que es darle cabida al engaño y dejar de lado las cosas espirituales. Luego, al comenzar de lleno los Días de los Panes sin Levadura, recordamos esto a diario, de manera física e íntima, durante siete días.

En vez de consumir el pan común, que tiene levadura, comemos pan sin leudar. Así, nos vemos forzados a recordar directamente y de manera práctica la continua necesidad de tener una actitud de humildad espiritual entregándole a Dios nuestra voluntad, mente, pensamientos y acciones, la cual es nuestra “adoración espiritual” (Romanos 12:1, NVI). Estos días nos ayudan a restablecer nuestro compromiso de someternos a Dios y de vencer el pecado (Apocalipsis 3:11-12).

¿Cómo demostramos la evidencia del amor?

Entonces, ¿cómo sabemos si poseemos el amor de Dios y si lo estamos poniendo en práctica en nuestras vidas? Primero que nada, debemos obedecer las leyes de Dios: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). ¿Pero estamos haciéndolo con todo nuestro espíritu e intención, siguiendo el ejemplo mismo de Jesús? Veamos cómo describe la Biblia el amor espiritual incondicional que proviene de Dios en 1 Corintios 13:4-7 (NVI):

- “El amor es paciente”.

- “Es bondadoso”.
- “El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso”.
- “No se comporta con rudeza”.
- “No es egoísta”.
- “No se enoja fácilmente”.
- “No guarda rencor”.
- “El amor no se deleita en la maldad, sino que se regocija con la verdad”.
- “Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.

¿Refleja usted estos atributos divinos? ¿No? ¿Quizá algunos? No se desanime. Lea aquí la promesa que Dios nos hace a cada uno de nosotros: “El amor jamás se extingue” (v. 8). El progreso y la superación espirituales deben seguir siendo nuestra meta diaria.

Debido a nuestra capacidad humana de relajarnos y cometer errores, ¿no es acaso lógico que Dios haya creado una serie de fiestas y días santos para reforzar, refrescar y recordarnos regularmente su amor y propósito para nosotros?

Más aun, considere este hecho trascendental: ¡las fiestas anuales y los días santos de Dios poseen un verdadero poder de transformación! Ellos hacen que la Biblia se vuelva realidad y nos muestran cómo experimentar lo que la Biblia llama la “incomparable . . . grandeza de su poder a favor de los que creemos” (Efesios 1:19, NVI).

La Biblia nos instruye acerca de siete fiestas anuales distintas, y solo se han presentado dos de ellas en este artículo. Lo invitamos a leer y a aprender más. La próxima fiesta, llamada Pentecostés, es de particular importancia para quienes están interesados en el poder del amor. ¿Por qué? ¡Porque solo a través del poder del Espíritu Santo de Dios podemos producir el fruto espiritual del amor! El Espíritu de Dios nos da el poder de amar a medida que somos transformados por medio de la renovación de nuestro entendimiento (Romanos 12:2).

La Biblia fue escrita para toda la humanidad, pero también para usted personalmente, y usted necesita este conocimiento fundamental. Como Pablo escribió: “Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor” (1 Corintios 13:13).

Dios ya lo ama a usted incondicionalmente. ¿Por qué no comenzar a aprender hoy cómo retribuir ese amor y recibir así los maravillosos e incommensurables beneficios de tener una relación directa de amor infalible con su Padre y su Hermano Mayor, Jesucristo? Sí, el amor de Dios lleva a la verdadera transformación. ¡Comience a experimentarla hoy! **BN**



¿Está dispuesto a **cambiar**?

¿Le gustaría darle un vuelco a su vida? Su Creador le ofrece la mejor alternativa para lograrlo: una transformación total para alcanzar la vida más provechosa que puede haber. *Por Víctor Kubik*

Se siente usted realmente a gusto con su forma de ser, su apariencia, sus sentimientos o su forma de pensar? ¿Se siente satisfecho con las relaciones que tiene, o quisiera que mejoraran? ¿Desearía cambiar algún aspecto de su vida? La mayoría de nosotros respondería “sí”.

Hay una infinidad de consejos en libros, revistas, Internet y en seminarios, promocionando una panacea tras otra que prometen ayudarnos a perder peso, mejorar las relaciones, curar enfermedades, superar el pecado o cualquier cosa que no nos agrada de nosotros. Solo en los Estados Unidos, en el año 2013 se gastaron 11 mil millones de dólares en libros de superación personal.

Dios nos creó con autoconciencia y una capacidad innata para cambiar. Estos atributos no existen en los animales, quienes son guiados por su instinto y carecen del deseo de convertirse en algo diferente a lo que son. Únicamente los seres humanos tenemos la capacidad de modificar nuestra forma de ser.

Cambiar no es fácil. Muchos no cambiarán aunque estén plenamente conscientes de que un cambio les ayudaría a verse y sentirse mejor. Y para los que hacen un esfuerzo por lograrlo, el cambio a menudo se produce entre intervalos de fuerza de voluntad y mediante técnicas de creación de hábitos que por lo general duran poco. Por ejemplo, más del 90 por ciento de las personas que experimentan una notable pérdida de peso volverán a recuperarlo en algún momento, muy a su pesar.

Nuestro Creador nos ha dotado con la capacidad innata de cambiar, y nos ofrece ayuda para un cambio mucho más efectivo y que nos puede llevar a un nivel superior de existencia. Esto ocurre a través de la “conversión”, uno de los sinónimos de “cambio”, a una nueva forma de vida, que es mucho más que la simple superación de malos hábitos, o verse y sentirse mejor.

Lo primero es el cambio — una transformación total

La intención de Dios al crearnos fue elevarnos a un nivel superior de vida que, a

medida que cambiamos nuestras actitudes y comportamiento, es solo el comienzo de una existencia eterna a su lado. Él nos ofrece ayuda a través del poder de su Espíritu Santo para *vencer*, otro sinónimo de cambio. El cambio definitivo tendrá lugar cuando finalmente Dios nos transforme de esta existencia temporal a una existencia eterna. De hecho, estas son las buenas nuevas que Jesucristo predicó.

Jesús dio inicio a su ministerio con esta importante declaración: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado: *Arrepentíos*, y creed el evangelio” (Marcos 1:15, énfasis nuestro en todo este artículo). El arrepentimiento, otro sinónimo de cambio, se menciona en este versículo antes de *creer y tener fe*. Así, el primer mandato de Cristo es a cambiar, a dar un vuelco completo en nuestro camino contrario a Dios y en vez, comenzar a seguirlo.

Lo mismo ocurrió cuando comenzó la Iglesia del Nuevo Testamento en el día de Pentecostés en Jerusalén, después que Cristo ascendió al cielo.

Después del contundente sermón del apóstol Pedro aquel día, cuando habló de Jesús, su vida, misión, muerte y resurrección, la atenta multitud “se compungió de corazón, y preguntaron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué debemos hacer?”

“Pedro les dijo: *Arrepentíos*, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:37-38).

La primera instrucción de la Iglesia del Nuevo Testamento fue un llamado al cambio que conduce al bautismo y a una nueva forma de vida. Poco después, Pedro volvió a proclamar: “*Arrepentíos y convertíos*, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19).

Metamorfosis — transformación en esta vida y para el futuro

Dicho llamado abogaba por una *transformación* extraordinaria y permanente. De hecho, más tarde el apóstol Pablo escribió

a los miembros de la Iglesia en Roma: “Y no os conforméis a este mundo; mas *transformaos* por la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2). La palabra usada aquí en el griego original es una variación de *metamorfo*, de la que deriva “metamorfosis”, que significa cambiar a otra forma. Un claro ejemplo de la magnitud de este tipo de cambio es la transformación de la crisálida en una mariposa adulta.

La misma palabra aparece en la descripción de una de las visiones más espectaculares de la Biblia, la transfiguración de Jesucristo, cuando él se transformó en un Ser de luz deslumbrante: “Seis días después, Jesús tomó a Pedro, y a Jacobo, y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y *se transfiguró* [metamorfoseó] delante de ellos; y su rostro resplandeció como el sol, y su vestidura se hizo blanca como la luz” (Mateo 17:1-2, 9).

La misma palabra griega es usada también en 2 Corintios 3:18: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos *transformados* [metamorfoseados] de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

Quien obedece esto es verdaderamente un “convertido”, una persona transformada. Esto es la conversión, y se produce cuando nos convencemos de la necesidad de abandonar nuestra antigua forma de vida y, en su lugar, llenarnos de los pensamientos y deseos de la propia mente de Dios, con un profundo deseo de cambio.

Esta transformación no es un fin en sí mismo a nivel humano, sino que continúa de ahí en adelante. La transformación definitiva tendrá lugar cuando resucitemos del sepulcro para recibir inmortalidad.

Nuestra esperanza es la misma de Job, quien hizo una pregunta importante que luego respondió así: “Si el hombre muere, ¿por ventura vivirá? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi *transformación*” (Job 14:14, Biblia Jubileo 2000).

Las palabras del apóstol Pablo en 1 Corintios 15: 51-52 reiteran: “He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos *transformados*. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos

serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos *transformados*”.

Esta no es una interpretación caprichosa de la palabra “cambio”, sino que describe el curso completo en el proceso de renovación, que comienza con un llamado al cambio a través del arrepentimiento y culmina en una completa transformación de nuestro ser en la resurrección. Estas son, sin duda, buenas noticias.

Celebraciones anuales que enseñan el proceso de transformación

Dios revela una serie de festivales que no eran exclusivos para Israel, sino también para toda la humanidad, ya que conciernen a todas las personas (ver la lista completa en Levítico 23). La Iglesia del Nuevo Testamento continuó observándolas, como debemos hacerlo hoy. Estos festivales describen el proceso sistemático de la metamorfosis del hombre para alcanzar el potencial al que

está destinado. (Para saber más, lea nuestro folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios*).

Esta época del año, comienzos de la primavera en el hemisferio norte, es la temporada en que debemos observar los dos primeros de estos festivales anuales que nos enseñan acerca del proceso de transformación: la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura. El punto de partida es la reconciliación con Dios a través de Jesucristo como nuestra Pascua (vea 1 Corintios 5:7). No podemos comenzar nuestro viaje espiritual si no celebramos primero este suceso, lo cual hacemos anualmente.

Luego siguen los Días de Panes sin Levadura. Durante siete días sacamos el pan leudado de nuestras casas y comemos pan sin levadura; el agente leudante, símbolo del pecado durante estos días, como el bicarbonato de sodio o la levadura, es lo que hace crecer el pan durante la cocción.

Con esta comparación, el apóstol Pablo le

enseñó este principio a la congregación gentil de los corintios, a mediados de los años 50 d.C.: “Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:8). Comer pan sin levadura representa nuestra naturaleza convertida y transformada a semejanza de Jesucristo.

Si usted se entrega a Dios y su camino de vida, él hará posible que ocurran maravillas en su vida. La transformación produce un nuevo hombre o una nueva mujer con carácter e integridad duraderos. En el fondo usted siempre ha querido esto; por lo tanto, si sigue el llamado de Dios, puede lograr el cambio para el cual fue creado. La transformación trae consigo un nuevo acercamiento con Dios, como también beneficios permanentes para nuestra vida espiritual y física.

Todo se inicia con el arrepentimiento; ¿está usted dispuesto a cambiar? **BN**

Continuación de la página 19

Noé

Asimismo como sucedió en los días de Lot; comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste” (Lucas 17:26-30).

Jesús estaba hablando aquí de la vida común y corriente, cuando la gente no espera la destrucción, y no de la gente descarriada. Por supuesto, la rebeldía está implícita en este pasaje o no habría un juicio inesperado.

Nuestros tiempos son indudablemente muy parecidos a los días de Noé, y ambos se caracterizan por una inmoralidad desenfrenada. “Dios observó toda la corrupción que había en el mundo, porque todos en la tierra eran corruptos” (Génesis 6:12, Nueva Traducción Viviente).

Esta fue la segunda característica de los días de Noé que también se manifestarían antes del retorno de Jesucristo a la Tierra. El apóstol Pablo entregó aún más detalles de lo que sería la sociedad en el tiempo del fin: “Timoteo, es bueno que sepas que, en los últimos días, habrá tiempos muy difíciles. Pues la gente sólo tendrá amor por sí misma y por su dinero. Serán fanfarrones y orgullosos, se burlarán de Dios, serán desobedientes a sus padres y malagradecidos. No considerarán nada sagrado. No amarán ni perdonarán; calumniarán a otros y no tendrán control propio. Serán crueles y odiarán lo que es bueno. Traicionarán a sus amigos, serán impruden-

tes, se llenarán de soberbia y amarán el placer en lugar de amar a Dios. Actuarán como religiosos pero rechazarán el único poder capaz de hacerlos obedientes a Dios. ¡Aléjate de esa clase de individuos!” (2 Timoteo 3:1-5, NTV).

¿No suena esto acaso como la sociedad actual? La evidencia es innegable; nuestras familias están siendo bombardeadas con violencia e inmoralidad a través de los medios de comunicación y el Internet; los matrimonios se están desintegrando a un ritmo sin precedentes (esto, en el caso de las parejas que deciden casarse). ¡La gente está obsesionada consigo misma y le preocupa poco o nada Dios o lo que él piense!

Para ser ecuanímes, es cierto que la situación no es tan mala como en los días de Noé, cuando Dios decidió eliminar a todos los seres humanos, excepto a ocho de ellos. Pero la gente en aquella época vivía varios cientos de años, por lo cual su maldad empeoró más y más con el pasar del tiempo. Nuestras vidas más cortas hoy en día ayudan a controlar ese tipo de maldad. Más aún, a lo largo de los siglos la Biblia ha tenido un impacto positivo — aunque limitado — sobre la sociedad humana. Sin embargo, el mundo se ha vuelto extremadamente malvado y desafiante de Dios, lo cual se asemeja a la generación de Noé en muchos aspectos.

Entonces, ¿qué podemos hacer al respecto?

Jesucristo nos dice: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Pero tengan cuidado de que su corazón no se re-

cargue de glotonería y embriaguez, ni de las preocupaciones de esta vida, para que aquel día no les sobrevenga de repente. Porque caerá como un lazo sobre todos los que habitan la faz de la tierra. Por lo tanto, manténganse siempre atentos, y oren para que se les considere dignos de escapar de todo lo que habrá de suceder, y de presentarse ante el Hijo del Hombre” (Lucas 21:33-36).

Lo que él nos está diciendo aquí es que debemos ser como Noé: no debemos seguir las multitudes equivocadas ni vivir vidas pecaminosas. En cambio, debemos “caminar con Dios”, estableciendo una relación enriquecedora con él por medio de la obediencia y sumisión a su voluntad y relacionándonos con personas del mismo pensar.

Además, debemos proclamar el verdadero camino de vida de Dios, basado en sus mandamientos, y nuestra fe en Jesús (Apocalipsis 14:12). No debemos perder de vista lo que está sucediendo en el mundo y la sociedad que nos rodea para que no nos encontremos durmiendo cuando Dios decida intervenir directamente en los asuntos mundiales, lo cual podría ocurrir muy pronto.

Y como Noé, no debemos desalentarnos por ser una pequeña minoría en medio de un mundo cada vez más degenerado. Créalo, igual que en los días de Noé, Dios también salvará a quienes caminen fielmente con él.

Ahora usted ya sabe “el resto de la historia” en cuanto a Noé, las lecciones que podemos aprender de él y los trascendentales eventos de su vida. La pregunta que naturalmente surge es: ¿qué hará usted al respecto? **BN**

No son “las 10 sugerencias”

¿Cuánto sabe usted acerca de los Diez Mandamientos? Los Diez Mandamientos son las instrucciones de Dios para tener una vida sana, segura, libre y satisfactoria, y además, un manual muy detallado para construir una sociedad pacífica y próspera. Sin embargo, la mayoría de las personas desconocen casi por completo estos mandamientos y muy pocas pueden citar más de tres o cuatro de ellos.

¿No cree que ya es tiempo de aprender de qué se tratan los Diez Mandamientos? Aquellos que se toman el tiempo para estudiarlos se dan cuenta de que no son una lista de “No hagas esto o lo otro”, sino que en realidad son la guía de Dios para vivir una vida feliz. Por ello es que la Biblia los llama “la ley real” y “la ley de la libertad”.

Estos mandamientos encierran muchísimo más de lo que se aprecia a primera vista. Dios no se vale de ellos para impedirnos que disfrutemos la vida; por el contrario, están diseñados para protegernos a nosotros y a nuestras familias y comunidades. Son una guía para transformar la forma en que pensamos, lo que hacemos y cómo vivimos.



Hemos preparado un folleto gratuito y muy revelador que nos encantaría compartir con usted. Solo tiene que solicitarlo a cualquiera de las direcciones que aparecen en el reverso de la portada de esta revista, o descargarlo de nuestro portal de Internet.

Descubra por su propia cuenta por qué se llaman Los Diez Mandamientos y no Las Diez Sugerencias.

